

LA BIBLIOGRAFÍA Y LOS DOCUMENTALES SOBRE EL 23-F

José Luis Rodríguez Jiménez

Profesor de Historia Contemporánea, Universidad Rey Juan Carlos

RESUMEN:

El artículo analiza la bibliografía sobre el golpe de Estado del 23-F publicada entre 1981-2019. Muestra el dominio de los autores periodistas sobre los historiadores, y la alta aportación de militares, tanto de implicados y condenados por el golpe como de no implicados. Se atiende a la construcción de la primera versión del golpe, paulatinamente convertida en oficial, y a las revisiones de esta, y también a las teorías conspirativas en torno al golpe de Estado. Se señala la dificultad en el acceso a las fuentes y las zonas grises del relato dominante. Asimismo, se analizan los documentales sobre este tema, el tratamiento dado al mismo y las fuentes utilizadas.

ABSTRACT:

The article analyzes the bibliography on the coup d'état of the 23-F published between 1981-2019. It shows the domain of the journalist authors on the historians, and the high contribution of military, both implied and condemned by the hit as of not involved. It is attended to the construction of the first version of the coup, paulatinally converted in official, and to the revisions of this, and also to the conspirative theories in the way to the coup d'état. It is pointed the difficulty in access to the sources and gray areas of the domain relay. Also, the documentaries are analyzed on this subject, the treatment given to the same and the sources used.

PALABRAS CLAVE: *23-F, revisión 23-F, golpismo, Armada, Juan Carlos I, Fernández Campo, bibliografía, documentales.*

KEYWORDS: *23-F, revision 23-F, coup, Armada, Juan Carlos I, Fernández Campo, bibliography, documentaries.*

1.- INTRODUCCIÓN

Mientras escribía estas líneas, he leído que «por si había duda por parte de los historiadores de dónde se encontraban algunos de los grandes enigmas de nuestro pasado reciente», «el sumario del 23-F está blindado en el búnker del Tribunal

Supremo y no se podrá ver hasta 2031»¹. Viene a colación porque, pasadas casi cuatro décadas desde que aconteciera el 23-F, seguimos a falta de un conocimiento cabal de los acontecimientos completos de ese día. Desconocemos una parte de los hechos correspondientes a los principales protagonistas, y sus conversaciones, en ese día de febrero de 1981, cuando no existían los teléfonos móviles, ni para llamar, ni para enviar

¹ RODRÍGUEZ, Jesús, “Secretos eternos”, *El País Semanal*, nº 2.258, 5 de enero de 2020, p. 34.

mensajes, ni para hacer fotografías, ni para tantas otras cosas, por lo que el teléfono de línea fija tuvo una importancia fundamental, y también las conversaciones cara a cara, por ejemplo, entre el Rey y Fernández Campo, entre los generales Gabeiras y Armada, y entre Armada y Tejero. Desconocemos una parte de los hechos y conocemos otros parcialmente, pues ninguno de los principales protagonistas de ese día ha dado una versión completa de lo ocurrido (quienes más datos aportan son Armada y Fernández Campo), y en consecuencia no ha sido posible contrastarla, y porque una parte de la documentación ha sido destruida, ocultada o declarada secreta.

No son pocos los libros sobre el 23-F, al contrario, por ser uno de los acontecimientos fundamentales de nuestra historia reciente y de interpretación muy polémica. Las monografías sobre el golpe son numerosas y ofrecen versiones diferentes respecto a lo que pasó, por qué y cómo, y de muy desigual interés, y disponemos de otras obras que tratan parcialmente de esos hechos o de alguno de sus protagonistas. Abundan las obras de periodistas, incluyendo varios de renombre. Les siguen en número las de militares, siempre justificativas e interesadas en establecer una versión, y en ninguna de las cuales se aporta documentación o información novedosa y contrastada sobre la actuación del Rey y los capitanes generales. Estos militares o ex militares son algunos de los implicados en el golpe, que tratan de justificarlo e incriminar en el mismo a personas no procesadas, y siempre al Rey, así como miembros del principal servicio de inteligencia de la época, el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID), a los que acompañan militares que tratan de despresti-

giar a personas e instituciones y hacer negocio editorial con teorías conspirativas. Las obras de militares tienen interés para los historiadores si de lo que se trata es de estudiar métodos de ocultación y de manipulación de los hechos o las construcciones narrativas sobre el 23-F. En general, son menos útiles para el conocimiento de los antecedentes y del desarrollo del 23-F que los trabajos de periodistas, aunque estos sean desiguales y alguno de propósito manifiestamente manipulador. Los políticos se han acercado muy poco al tema. Ninguno ha publicado un libro sobre el 23-F, y los principales dirigentes de entonces, Suárez, González, Calvo Sotelo, Carrillo y otros, se negaron a dar su versión, aparte de pequeños comentarios, vacíos del contenido que estaban en disposición de aportar. Y muy pocos políticos han accedido a ser entrevistados sobre el tema. Las principales excepciones son: Sabino Fernández Campo, con la doble condición de político y militar, secretario general de la Casa de Su Majestad el Rey y mano derecha de este, tras sustituir a Armada, quien, en fecha tardía, ya fuera de la Casa Real, accedió a contar algunas cosas y a ofrecer versiones parciales de los hechos a autores de libros² y programas documentales; y Francisco Laína, director de la Seguridad del Estado y (supuestamente) presidente del Gobierno en funciones la noche del 23/24-F, quien atendió en varias ocasiones a periodistas y documentales para la televisión, y de quien se rumoreó

² SORIANO, Manuel, *Sabino Fernández Campo: La sombra del Rey*, Madrid, Temas de Hoy, 1995; y FERNÁNDEZ LÓPEZ, Javier, *El Rey y otros militares. Los militares en el cambio de régimen político en España (1969-1982)*, Madrid, Trotta, 1998, y, del mismo autor, *Sabino Fernández Campo: un hombre de Estado*, Barcelona, Planeta, 2000.

más de una vez que estaba a punto de publicar sus memorias.

La aparición de varias obras debidas a periodistas de nombre mucho más conocido que el de los historiadores, por el público en general, bien construidas y de lectura amena, y que han contado con numerosas fuentes orales, para cuyo acceso ellos están mejor entrenados, ha desalentado el trabajo de los historiadores. Aunque la metodología de quienes practican el periodismo de investigación es diferente, y algunos no aplican (alguno porque no quiere) el método apropiado para tratar las fuentes, los historiadores han considerado que ya es mucho lo publicado y que ninguna editorial va a lanzar al mercado otro libro sobre el 23-F si no proporciona fuentes primarias, nuevas y relevantes; y los historiadores ya saben que los principales protagonistas de entonces, políticos y militares, no quisieron hablar y, los pocos que todavía viven, se niegan a hacerlo, prefiriendo, en su caso, dejar el legado de sus memorias *post mortem*.

La primera vez que nos interesamos por las versiones sobre el 23-F fue en una mesa redonda que sobre los libros en torno al tema celebramos en el Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos, en el marco de las Primeras Jornadas sobre los Veinticinco Años del Reinado de Juan Carlos I, dirigidas por el Profesor Luis Palacios, y cuyos contenidos fueron publicados un año después³. También hemos atendido al 23-F en varios de los libros y artículos en los que

³ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, “Mesa redonda: El 23-F”, en PALACIOS BAÑUELOS, Luis (coord.), *El Reinado de Juan Carlos I. Balance a los veinticinco años*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, 2002, pp. 83-100.

hemos tratado de la extrema derecha durante la transición de la dictadura franquista a la democracia actual, y, con mayor extensión, en una revisión de la bibliografía publicada en 2010⁴. El tema de las versiones sobre el 23-F ha interesado más recientemente a otros historiadores, a Roberto Muñoz Bolaños⁵ y Luis Castro⁶. Ciertamente, gracias a lo publicado por periodistas, historiadores y algunos de quienes tuvieron que ver con el golpe conocemos una parte de lo ocurrido el 23-F, qué, cómo y por qué, e interpretamos que ciertas cosas ocurrieron de una manera, al otorgar más veracidad a una fuente que a otra, sin que tengamos base documental contrastada de que fuera así. Y nos vamos haciendo a la idea de que, tal y como algunos han pretendido, una parte no se sabrá nunca, algo que no es infrecuente en la Historia. Insistimos en la ocultación de documentación y en el silencio de personas que podrían contar muchas cosas y las callan. Algo diremos después, pero baste ahora un ejemplo, el de una obra sobre la que no vamos a volver, las memorias de Andrés Cassinello, coronel de Infantería en 1981 y experto

⁴ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis y SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, María, “Una lectura bibliográfica sobre el 23-F”, en *Reflexiones sobre el 23-F* (CD), Servicio de Publicaciones de la URJC, 2010.

⁵ MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto, “Un análisis incompleto de un acontecimiento excepcional: la literatura sobre el golpe de Estado del 23-F (1981-2014)”, *Historiografías*, 9, enero-junio 2015, pp. 81-109, a partir de su tesis doctoral *La involución militar durante la transición. El golpe de Estado del 23-F* (2012). Por su parte, el politólogo Jesús de Andrés hace una breve valoración de la bibliografía disponible y ofrece un listado de publicaciones que tratan el golpe de forma exhaustiva o parcial en “*¡Quieto todo el mundo! El 23-F y la transición española*”, *Historia y Política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, n° 5, 2001, pp. 84-88.

⁶ CASTRO BERROJO, Luis, “Tres versiones sobre el golpe del 23-F... o alguna más”, *Hispania Nova*, 13, 2015, pp. 294-307.

en servicios de espionaje. Ni una palabra sobre el 23-F, como si no hubiera ocurrido, en *La huella que deja el viento al pasar*, texto que no ha sido publicado.

2.- FUENTES BIBLIOGRÁFICAS Y ORALES

– Primeros trabajos periodísticos. La versión oficial.

Los primeros libros sobre el 23-F se publicaron en el mismo año de 1981 y fueron obra de periodistas. La situación del país poco había cambiado respecto a comienzos de año en cuanto se refiere a crisis económica, crisis política y acción terrorista y, además, dado que una parte de los implicados en el 23-F no habían sido procesados y se sabía que la mayor parte de los oficiales y jefes militares eran muy críticos con la legalización del Partido Comunista de España, el texto de la Constitución y el inicio de la construcción de la España de las Autonomías, y en general con la gestión de los gobiernos de Unión de Centro Democrático (UCD), el golpismo seguía vivo. En semejante coyuntura, y teniendo solo a mano fuentes orales y periodísticas, a nadie se le ocurrió cuestionar la versión oficial: el golpe había sido protagonizado por un grupo reducido de militares ultraconservadores, espoleados por viejos políticos franquistas y la situación de crisis generalizada que sufría el país, los cuales intentaron utilizar en beneficio propio el nombre del Rey y la institución monárquica para arrastrar al conjunto de las Fuerzas Armadas. Sin éxito, pese a las dudas de algunos, dado que la mayoría de los altos mandos se pusieron a las órdenes del Rey, quien en todo momento habría trabajado,

codo con codo con el secretario general de su Casa, con el propósito de neutralizar el golpe y defender el orden constitucional.

Así se cuenta, con matices, en dos obras colectivas, la que encabeza Ricardo Cid⁷ y la que firma el Colectivo Democracia⁸; la segunda aporta dos novedades, el tratamiento del golpismo durante 1976-1980, y la afirmación de que, vista la actuación del Rey, la izquierda se habría hecho juancarlista. Otro libro publicado ese año, el de Busquets-Aguilar-Puche⁹ (el primero diputado socialista y los otros dos periodistas), no aportó nada significativo. Lo mismo cabe decir de uno de los mayores éxitos de ventas sobre el 23-F (con el libro de Urbano), el de Oneto¹⁰, director del semanario *Diario 16*, aunque entretiene al lector con el contenido de algunas de las grabaciones, cedidas por alguien de la Seguridad del Estado, de las conversaciones entre la Capitanía General de Valencia y el Congreso de los Diputados, las cuales no aportan nada nuevo, y por eso se publican, sin que sea posible contrastar el contenido ni la posible censura del mismo. No hay más. Para alejar a Juan Carlos I del golpe, Oneto llega a decir que los generales Armada y Milans del Bosch eran muy poco monárquicos.

De 1982, el año del consejo de guerra contra algunos de los golpistas, son el

⁷ CID CAÑAVERAL, Ricardo y otros, *Todos al suelo. La conspiración y el golpe*, Madrid, Punto Crítico, 1981.

⁸ Colectivo Democracia, *Los Ejércitos... más allá del golpe*, Barcelona, Planeta, 1981.

⁹ BUSQUETS, Julio, AGUILAR, Miguel Ángel y PUCHE, Ignacio, *El Golpe. Anatomía y claves del asalto al Congreso*, Barcelona, Ariel, 1981.

¹⁰ ONETO, José, *La noche de Tejero*, Barcelona, Planeta, 1981.

texto de Martín Prieto¹¹ sobre sus sesiones, con abundantes comentarios personales, como sucede en el conjunto del material hemerográfico sobre el juicio, y otros dos libros que aportan algunas novedades. El de Morales-Celada¹², que incrimina a la Junta de Jefes de Estado Mayor (JUJEM) en el golpe, lo que significaría una mayor participación de militares y organismos militares en su preparación y ejecución. Los autores no aportan pruebas de lo dicho y dejan al margen de cualquier proyecto de golpe de timón o golpe duro a las principales instituciones y a los partidos políticos. El segundo es el de Urbano¹³, que atiende tanto a la trama militar como a la civil del 23-F, a partir de lo escuchado durante la vista oral del juicio a los golpistas y de fuentes orales, no identificadas. Especula con varias cosas, como los nombres del colectivo *Almendros*, y otras cuestiones, pero no con las principales, sin cambiar la versión del golpe que se había ido proporcionando a la opinión pública.

– Aparecen nuevas versiones

A otros libros publicados en la década de 1980 no hacemos referencia, pues creemos que carecen de interés. Sí merecen mencionarse las primeras obras que vienen tanto a justificar el 23-F como a involucrar al Rey en el golpe, que son alentadas por una nueva fuente documental, conformada por las respuestas dadas por una parte de los procesados a las preguntas que se les hicieron durante el

consejo de guerra, según los cuales Armada les dijo o insinuó que el Rey, y también la Reina, respaldaba el golpe, y por las preguntas y conclusiones de sus abogados defensores con igual contenido. Julio Merino, ultraderechista, director de varias empresas periodísticas creadas para alentar el golpismo, y Santiago Segura, abogado defensor de Milans del Bosch, firman dos libros¹⁴, en el primero de los cuales, aparte de transmitir lo que les interesa, inciden sobre varias de las inconsistencias de la versión oficial, y en el segundo muestran el descontento de los militares frente a la gestión del gobierno Suárez, sin novedades de consideración, si bien incorporan algunos documentos aportados por Milans relativos al estado de opinión de las unidades. La obra de Segura-Merino iba a ser una trilogía sobre los antecedentes, causas y desarrollo del golpe, pero el tercer volumen no llegó a aparecer, tal vez por la muerte de uno de los autores, o por el previsible descenso de ventas de la segunda y la tercera parte, o porque alguien procuró que no se publicara, posibles motivos del cambio de editorial.

Esa fue la novedad más significativa en las publicaciones sobre el 23-F durante la década de 1980, que el Rey no era completamente ajeno al golpe, o al menos que varios jefes militares actuaron como lo hicieron porque eso era lo que creían, y la tendencia se mantuvo durante la de 1990. Siguen dominando los títulos de periodistas y, a falta de otras, las fuentes utilizadas son las periodísticas, las orales y judiciales (partes del sumario), a las que

¹¹ MARTÍN PRIETO, José Luis, *Técnicas de un golpe de Estado*, Madrid, Grijalbo, 1982.

¹² MORALES, José María y CELADA, Juan *La alternativa militar. El golpismo después de Franco*, Madrid, Revolución, 1982.

¹³ URBANO, Pilar, *Con la venia... yo indagué el 23-F*, Barcelona, Argos-Vergara, 1982.

¹⁴ SEGURA FERNS, Santiago y MERINO, Julio, *Jaque al Rey. Los "enigmas" e "incongruencias" del 23-F... dos años después* (con prólogo de Milans del Bosch), Barcelona, Planeta, 1983; y *Las vísperas del 23-F*, Barcelona, Plaza & Janés, 1984.

los interesados en involucrar al Rey, añaden diversas insinuaciones, respondidas por quienes abundan en la versión oficial negando la implicación de la Corona en los hechos.

El libro más completo e interesante es el de dos periodistas de *El País*, Prieto y Morales¹⁵, por su anexo documental, de 130 páginas, por tratar de las operaciones de políticos de UCD y del PSOE para derribar a Suárez a casi cualquier precio, lo que benefició al golpismo, y porque reproduce el balance hecho por el capitán general de Madrid, Quintana Lacaci, de sus conversaciones telefónicas con otros capitanes generales, que es un documento clave (publicado por primera vez en *El País* el 17-2-1991, procedente del archivo de Quintana, asesinado por ETA siete años antes). El documento muestra que varios altos mandos eran favorables al golpe en las horas inmediatamente posteriores a su inicio, otros simplemente fieles a la Corona y tres posicionados en defensa de la legalidad vigente:

1ª (Quintana) Legal. Lealtad al Rey.

2ª (Merry) Gracias a Urrutia. Esperando a las demás, para unirse.

3ª (Milans) Levantada.

4ª (Pascual Galmes) Comprendida entre 3ª y 5ª. Difícil. Esperar. En el fondo legal, pero si la 5ª se une la 4ª también.

5ª (Elícegui) No hizo más que llamarme para ver qué iba a hacer yo, pues «algo habría que hacer».

6ª (Polanco) Completamente legal y leal al Rey.

7ª (Campano) Con muchas dudas, pues según él «algo más habría que hacer que la Alerta 2».

8ª (Fernández Posse) En el fondo, legal. Si la 6ª se une, también lo haría.

9ª (Delgado) Completamente leal.

Baleares (De la Torre). Esperando a ver qué pasaba, se uniría a Milans.

Canarias (González del Yerro) Dudas.

Al enterarse del protagonismo de Milans y de que Armada quería ser presidente del Gobierno, se muestra leal. Pregunta por qué Armada y no otro militar (se refiere a él) en una conversación conmigo¹⁶.

– A los veinte años del golpe, la versión oficial, *touché*, se mantiene

Un documento fiable publicado en el primer diario nacional había mostrado que una parte considerable de los principales mandos militares rechazaban el sistema democrático, al menos tal y como funcionaba en España. Entonces, ¿por qué había fallado el golpe?, ¿había sido el Rey, con la ayuda de Fernández Campo y Quintana, quien inclinó la balanza?

En la segunda mitad de la década de 1990 aparecen varios libros, de los que tratamos ahora y líneas más adelante, en los que se cuestiona el papel del Rey y de su mano derecha, o se les involucra en el mismo. Esto es lo que pretende Blanco¹⁷, ex subdirector de *El Alcázar*, utilizando partes del sumario y del acta del consejo de guerra. Por su parte, el ex franquista y diputado de UCD Ricardo de la Cierva, aficionado a la historia y metido en una deriva que le llevaría a abrazar teorías conspirativas anti masónicas, desde una editorial propia, elabora varios libros sobre el 23-F, cuyo único interés reside en mostrar la batalla por el 23-F y en incor-

¹⁵ PRIETO, Joaquín y BARBERÍA, José Luis, *El enigma del "Elefante". La conspiración del 23-F*, Madrid, El País-Aguilar, 1991.

¹⁶ *Ibidem*, p. 175.

¹⁷ BLANCO, Juan, *23-F. Crónica fiel de un golpe de Estado anunciado*, Madrid, Fuerza Nueva, 1995.

porar a uno de los títulos¹⁸, como anexo documental, el texto completo de la sentencia del Consejo Supremo de Justicia Militar y un resumen de la sentencia de la Sala 2ª del Tribunal Supremo. También aparece ahora el único estudio referido a una comunidad autónoma, Cataluña¹⁹, obra de dos periodistas, que rastrean las relaciones entre el general Armada y el empresariado catalán y los movimientos de tropas habidos en esa capitanía militar el día del golpe. No hay más estudios de esta tipología, si bien Muñoz Bolaños analiza en artículos posteriores, emanados de su tesis doctoral, la situación en algunas capitanías.

En torno al vigésimo aniversario del 23-F se publican varias obras que resumen y ordenan lo sucedido, con aportaciones documentales no relevantes, en general bien construidas y que vienen a sustentar la versión oficial sobre el *acontecimiento monstruo* de la transición española a la democracia, en rivalidad con la legalización del PCE, evocando las palabras de Javier Tusell. Una de estas es la de Fernández López²⁰, comandante en la reserva y profesor titular de Derecho Político de la Universidad de Zaragoza, quien mejora aquí el contenido de trabajos anteriores, ampliando las fuentes orales, antes circunscritas al testimonio orientador de Fernández Campo, aunque, escribía Tusell en una reseña con motivo de estas novedades editoriales, el hecho de que esas fuentes no se transparenten en el

texto mediante citas claras «hace difícil juzgar la veracidad de alguna información»²¹. Tusell alaba del libro el ordenamiento de las fuentes para el momento del golpe y su análisis, que muestra una chapuza ejecutoria, con la excepción del asalto al Congreso y la ocupación de Valencia; y lo mismo el análisis del carácter y el comportamiento de personajes, y su insolvencia organizativa para que triunfara lo iniciado, por ejemplo, el caso de Torres Rojas, quien de muy activo pasó a la pasividad cuando la División Acorazada Brunete estaba a punto de salir, o saliendo, para ocupar Madrid.

De 2001 son dos libros de periodistas. Uno, obra de Carcedo²², que resume los antecedentes y los hechos del 23-F sobre la base de lo ya publicado por otros y que adorna su relato con diálogos inventados, no contrastados y unos más verosímiles que otros. El 23-F habría sido mucho más que un momento, o unas horas, pues tuvo muchos antecedentes. Cuando murió el general Franco, su heredero, el Rey Juan Carlos, asumió todos los poderes del dictador. El Rey puso en marcha una reforma política que consistía en pasar de la legalidad franquista a la democracia. Con muchas dificultades se fue desarrollando todo el proceso de cambio que llevaría a la elaboración de una Constitución que sería sometida a referéndum popular y aprobada por una importante mayoría de los españoles. Durante los tres años transcurridos entre la llegada del rey don Juan Carlos a la jefatura del Estado y la promulgación de la Constitución hubo unos evidentes vacíos de poder y

¹⁸ DE LA CIERVA, Ricardo *El 23-F sin máscaras. Primera aproximación histórica*, Madrid, Fénix, 1998.

¹⁹ FARRÀS, Andreu y CULLEL, Pere, *El 23-F a Catalunya*, Barcelona, Planeta, 1998.

²⁰ FERNÁNDEZ LÓPEZ, Javier, *Diecisiete horas y media*, Madrid, Taurus, 2000. Su tesis doctoral había dado lugar a la obra *El Rey y otros militares. Los militares en el cambio de régimen político en España (1969-1982)*, Madrid, Trotta, 1998.

²¹ TUSELL, Javier, "Horas decisivas", *Babelia, El País*, 24 de febrero de 2001, p. 17.

²² CARCEDO, Diego, *23-F. Los cabos sueltos*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.

desde luego abundantes lagunas jurídicas, y quizás lo que más destacaba era que los militares, quienes durante los cuarenta años de régimen franquista habían sido uno de los pilares del poder, continuaban actuando como si en España no existiesen unas instituciones y en consecuencia unas reglas democráticas. Ahora veían en peligro los privilegios que habían usufructuado y, al mismo tiempo, sentían traicionada la victoria en la guerra civil. En consecuencia, una parte de los militares trató de resistir o de enfrentarse directamente al cambio político y social. A casi todos los militares les hubiera gustado ser protagonistas de una reconducción del proceso de cambio político. Un número reducido, pero que se sentía muy respaldado, estaba decidido a actuar en ese sentido. La conspiración dio comienzo en la Semana Santa de 1977, tras la legalización del Partido Comunista de España. Conspiración favorecida por una serie de elementos. Hay que recordar que los españoles de entonces vivían todavía bajo la influencia de los cuarenta años de reiterada propaganda franquista, según la cual los partidos políticos eran algo nefasto y la democracia un sistema pernicioso. Asimismo, que España, con Franco, disfrutaba de una gran prosperidad, precisamente gracias a que aquí, a diferencia de otros países, de los que siempre se ofrecían datos negativos, no existía un sistema de partidos. Además, sumada a esta propaganda alentada por los neofranquistas, hay que considerar que en pleno proceso de transición coinciden en el tiempo una serie de problemas que sirvieron de excusa a los golpistas. Había argumentos-excusas de diferente tipo. En primer lugar, argumentos políticos. La transición había producido un fuerte desgaste del gobierno de la UCD, que era un

partido político que se había improvisado sobre la marcha al convocarse las primeras elecciones democráticas, para junio de 1977, y que era una formación en parte de aluvión, un conglomerado de pequeñas formaciones conservadoras, de centro derecha y centristas, con algunas diferencias programáticas e ideológicas, todas las cuales volaban ya por separado tres años después. Los representantes de cada fracción se enfrentaban entre sí, para conseguir más poder, más que por imponer un programa, y ofrecían una imagen que les servía a algunos militares y políticos para argumentar que, tal y como ellos venían años diciendo, la partitocracia era nefasta, que a los políticos que se decían demócratas les interesaba el poder, pero poco o nada la situación del pueblo y el futuro de la nación. En segundo lugar, la realidad de una grave crisis económica, de origen global, pero con componentes nacionales. La subida del precio del petróleo había desestabilizado la economía española, y casi todas las restantes, a lo que hay que sumar la necesidad de afrontar la reconversión de nuestra industria, lo que se tradujo en un vertiginoso crecimiento de la inflación y el aumento del desempleo. Pero es que, además, en ese momento había más elementos que contribuían a alimentar el discurso catastrofista de la extrema derecha, al cual se habían abonado sectores conservadores y también de la izquierda, aunque no los comunistas. El principal, el terrorismo. ETA había nacido durante la dictadura, pero entonces la censura sobre los medios de comunicación impedía que los ciudadanos recibieran información de una parte de sus actividades. La libertad de información supuso que los atentados de ETA fueran conocidos con todo tipo de detalles, y, en consecuencia, un choque muy fuerte para

la ciudadanía; además los medios de extrema derecha desempeñaban un importante papel, tratando de hacer creer a los ciudadanos que el terrorismo era consecuencia de la democracia, como si ETA, en 1973, no hubiese asesinado al presidente del gobierno, Luis Carrero Blanco, designado por Franco. ETA y otras organizaciones terroristas, como es el caso del Grupo Revolucionario Antifascista Primero de Octubre (GRAPO), de extrema izquierda, y los de extrema derecha confluían en un mismo objetivo, el de desestabilizar la naciente democracia, pues a todos ellos, por una u otra razón, les interesaba más la existencia de un régimen dictatorial que uno democrático. Finalmente, la coyuntura internacional era un acicate para quienes en España empujaban a favor de opciones derechistas. Fuera de nuestras fronteras las corrientes conservadoras estaban en alza, lo que contrasta con la situación española, que giraba hacia la izquierda, pues ya se intuía la posibilidad de un triunfo del PSOE en las siguientes elecciones, y el PCE, legalizado por Suárez, inspiraba temor en ámbitos de la derecha, pese a su debilidad electoral. En Gran Bretaña gobernaba Margaret Thatcher, adalid del nuevo conservadurismo británico, y en Estados Unidos acababa de llegar a la presidencia Ronald Reagan con un programa ultraconservador. Al frente de la Santa Sede estaba Juan Pablo II, que, en política y religión, simbolizaba una reacción al Concilio Vaticano II. Los planteamientos involucionistas eran alentados desde los medios de la extrema derecha, como los diarios *El Alcázar* y *El Imparcial* y los semanarios *Fuerza Nueva* y *Heraldo Español*, pero también por medios de comunicación que parecían haber aceptado la democracia, pero habían coexistido con el

franquismo y daban ahora cabida a artículos, comentarios y planteamientos de la época anterior y que promocionaban el *golpe de timón* o *gobierno fuerte*. El partido gobernante y el propio gobierno buscaron fórmulas democráticas para salir de esa difícil situación. Un mes antes del intento de golpe de Estado, Adolfo Suárez dimitió del cargo de presidente del Gobierno. Con este paso intentó frenar el golpe militar en marcha, con varias ramificaciones. El Rey abrió consultas para la solución de la crisis abierta. El partido del gobierno, UCD, a pesar de los enfrentamientos internos, decidió presentar como candidato a Calvo Sotelo, alguien que dentro del partido ofrecía una clara imagen conservadora. El Rey demoró la puesta en marcha de los mecanismos necesarios en estos casos. Una parte de los militares implicados en la conspiración decidieron no abandonar sus planes. Al contrario, los aceleraron. Dado que los mecanismos constitucionales estaban funcionando y el candidato a presidente podría despertar nuevas expectativas políticas acordaron precipitar un golpe que, antes de que Suárez dimitiese, había sido fijado (algo ya dicho en otros libros, sin fuente contrastada y sin dar nombres de los protagonistas, y así se sigue repitiendo) para el mes de mayo. Lo dicho en el libro muestra un planteamiento ya conocido, y la parte relativa al golpe lo mismo.

El segundo libro al que hacíamos referencia es obra colectiva, de Cernuda-Jáuregui-Menéndez²³. Es un buen estado de la cuestión, incorpora muy poca documentación novedosa, y no trascendente

²³ CERNUDA, Pilar; JÁUREGUI, Fernando; y MENÉNDEZ, Manuel Ángel, 23-F. *La conjura de los necios*, Madrid, Foca, 2001.

(algunos papeles del CESID y del general De Santiago), no cuestiona de forma directa la versión oficial, pero dibuja algunas sombras en torno a los hechos y conversaciones en La Zarzuela. Cernuda fue una de las participantes en la mesa redonda que sobre el 23-F organizamos en la URJC. El relato que hace en ambos escenarios nos permite seguir el curso de los acontecimientos y hacernos algunas preguntas. El 23-II-1981, un grupo de conspiradores militares, respaldado por una trama civil, intentó alterar el orden constitucional vigente mediante un golpe de Estado. De esa operación formaron parte militares espoleados por la extrema derecha civil que no aceptaban los cambios políticos acontecidos en España. También militares, en connivencia con un amplio entramado civil (políticos, periodistas, mundo financiero, no se concreta en connivencia para qué), dispuestos a aprovechar una situación crítica y de indefensión de la clase política para imponer ¿un gobierno de concentración?, ¿un golpe de timón?, ¿un gobierno de coalición? bajo la presidencia de un general. España vivía entonces, en 1981, y en 1980, y en 1979, y ya antes, la escalada terrorista de ETA (doce víctimas en 1977, sesenta y ocho en 1978, setenta y seis en 1979, noventa y una en 1980, con los militares como blanco preferido), un gravísimo deterioro de la economía (14% de inflación, 16,5% de desempleo) y la crisis del partido gobernante, la UCD, que gobernaba con mayoría simple en las Cámaras, la cual desestabilizaba la situación política y económica; las disputas internas también afectaban al PSOE, pero en UCD la lucha por el poder había alcanzado unos niveles por completo irracionales, resultado del egoísmo y egocentrismo de sus *barones*, aderezadas por cuestiones

de orden ideológico que pronto dejarían de formar parte de la actualidad política, como la ley del divorcio. Las maniobras para derribar a Suárez como presidente del gobierno, obviamente contempladas con satisfacción por los socialistas, fueron impulsadas desde dentro de la UCD desde comienzos de 1980. La moción de censura al gobierno presentada por el PSOE a mediados de 1980 dejó a Suárez muy tocado, y no sólo por la iniciativa socialista sino porque dentro de UCD el jefe del partido y del gobierno contaba con serios adversarios entre sus propias filas. Por lo tanto, coincidían en el tiempo desestabilización política, rumores, muchos rumores, y también noticias (informaciones contrastadas, verificadas), sobre la irritación, la animadversión generalizada de las Fuerzas Armadas al tratamiento dado por el gobierno a la cuestión terrorista y el desarrollo del Estado de las autonomías, que era ciertamente un caos, y una muy grave situación de la economía. Los conspiradores militares, los que serían los principales actores de la obra del 23-F, decidieron aprovechar esa complicada y muy difícil coyuntura para, presentándose como salvadores de la patria, terminar con el régimen existente (¿para imponer qué tipo de régimen?), al que señalaban como responsable de todos los males de la patria. Pero, al decir esto no debemos perder la perspectiva de que los que estaban conspirando, es decir, actuando en beneficio de una *solución* distinta a las reglas constitucionales, en distintos grados, eran muchos más, algunos con puestos de mando militar y político, algunos lo hacían simplemente expresando opiniones, otros facilitando la actuación de quienes estaban dispuestos a utilizar la fuerza para derribar el gobierno existente. Hablamos de un proyecto gol-

pista que nos ha dejado para el recuerdo una serie de imágenes entre las que destaca el asalto al Congreso de los Diputados. Pero el 23-F es bastante más que la imagen del teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero, pistola en mano, en el hemicycle del Congreso de los Diputados. Sabemos que la toma del Congreso por Tejero era la punta de lanza de un movimiento militar más amplio (¿mucho?, ¿poco?, desde luego mucho si se valoran las opiniones expresadas por los capitanes generales, contrastadas en varias fuentes) que se proponía... Sobre lo que se proponía el golpe no existe unanimidad. Posiblemente utilizar el secuestro de la clase política para, imponer un gobierno de salvación nacional, de base no democrática, presidido por un militar, el general Alfonso Armada Comyn, quien tendría como principal tarea la de *reconducir* la marcha del país. Pero, ¿no es impresentable imponer un gobierno al Gobierno, al Rey, a la Nación, a punta de pistola? ¿De verdad pensó Armada que *su* gobierno, impuesto no mediante presión política, incluso vía parlamentaria, sino mediante armas apuntando a los políticos en el seno de una democracia recién instaurada, y en la que no se había ensayado la alternancia desde la izquierda, resultaba aceptable para la sociedad española?, ¿para la clase política?, ¿para el Rey?, ¿para las negociaciones de España con la CEE?

Resumiendo, la suma del proyecto golpista de los generales, con los coroneles y capitanes generales, de Tejero, y de Armada en plena movilización, confluyen en un momento determinado. Porque lo que ellos querían a cualquier precio era sustituir a Suárez. ¿Qué ocurre entonces? Que Suárez dimite a finales de enero y todas las operaciones en marcha quedan en *standby*, hasta ver qué pasos da Calvo

Sotelo, el designado por UCD para dirigir el gobierno. Pero Tejero ha fijado su objetivo más allá de Suárez y no está dispuesto a esperar, decide que el golpe tiene que salir adelante y se entrevista con Jaime Milans del Bosch, capitán general de Valencia. En un primer momento, Milans intenta convencer a Tejero de que no es posible dar el golpe en ese momento, que es preciso esperar a ver qué ocurre con Calvo Sotelo. Tejero se da cuenta de que, si finalmente se produce el golpe, va a ser el golpe de los generales y tenientes generales y que él no va a pintar nada. Tejero decide apretar el acelerador y obtiene el visto bueno de Milans, con cuyos emisarios se entrevista en varias ocasiones, y también de Armada. La fecha la marca Tejero. La prueba, se nos dice, «está en que, de forma apresurada, se escoge como fecha para el golpe la sesión de investidura de Calvo Sotelo; sólo cuando se conoce la fecha de investidura, cuando el gobierno en pleno y todos los diputados estarán en el Congreso para votar, se acuerda que ése es el día indicado». Siguiendo el curso de los hechos, tras la toma del Congreso de los Diputados, una región militar, la de Valencia, se sublevó contra el orden constitucional, en respaldo de la fuerza ocupante del Congreso, y la capital del Estado estuvo a punto de ser ocupada por la División Acorazada número 1, la Brunete.

El golpe fracasa. En palabras de Cernuda «fracasa, entre otras razones, porque los capitanes generales no estaban en aquel golpe. Al principio, al ver que Milans del Bosch saca los tanques a la calle en Valencia y emite un manifiesto, creen que el 23-F es su golpe de Estado, pero las conversaciones telefónicas que mantienen con la Zarzuela, tanto con el Rey como con Sabino Fernández Campo, que

era en aquel momento el secretario general de la Casa Real y que era militar como ellos, les hacen darse cuenta de que ese no era el golpe militar del que habían hablado y prefieren dejar las cosas como están, pues no se fían demasiado de Tejero, a quien ven como un teniente coronel medio loco al que ellos conocen muy bien, implicado en la Operación Galaxia y que ha entrado en el Congreso con la pistola en la mano y al grito de *se sienten coño*; aquello no les gustó nada».

Los golpistas confiaban en que, una tras otra, las regiones militares se irían sumando a la iniciativa, y que el Rey Juan Carlos se plegaría a los acontecimientos. No fue así. Posiblemente uno de los hechos decisivos para el fracaso del golpe fuera la situación de indecisión vivida en el acuartelamiento de la División Acorazada. También fue decisiva la falta de entendimiento entre Tejero y Armada. Este último ha sido señalado como el personaje clave de lo acontecido el 23-F, al menos como el más escurridizo, no en lo que se refiere a sus propósitos, pero sí en lo referido a su forma de actuar y en los apoyos con que contaba o decía contar. A este respecto, en el libro de los tres periodistas leemos una afirmación que en absoluto se demuestra:

Para entender el 23-F hay que tener en cuenta, como base de partida, que, al margen de sus innegables ambiciones personales, Armada siempre pensó que contaba con la benevolencia de la clase política en general, y de los socialistas en particular, para llevar adelante sus planes. Como estuvo seguro, hasta que comprobó lo contrario ya con el golpe en marcha, de contar con un apoyo tácito, pero apoyo al fin, del Rey²⁴.

²⁴ *Ibidem*, p. 10.

El 23 de febrero de 2001, el golpe del 23-F prescribió como delito y dejó de ser perseguible por la justicia, dado que el Código Penal entonces vigente establecía que los delitos castigados con penas de 15 o más años de cárcel, como el de rebelión, prescriben a los veinte años de haberse cometido, siempre que no se haya iniciado procedimiento contra el presunto culpable. Esto no significa que todos los asuntos pendientes de aclarar relacionados con el intento de golpe de Estado estuvieran entonces, ni ahora, suficientemente esclarecidos. No todos los implicados en el golpe fueron detenidos y juzgados por el delito de rebelión. Lo fueron 32 militares y 1 civil. No fueron procesados algunos generales que movieron fuerza militar; respecto a lo acontecido en Valencia, una parte de los participantes alegaron la obediencia debida. Además, hubo unidades que no salieron a la calle, pero que estuvieron calentando motores a la espera de la orden definitiva, que no llegaría, procedente de unos mandos que se identificaban con el propósito de los golpistas, e incluso habían comprometido su apoyo, pero no se atrevieron a dar el paso o faltaron a la palabra dada, bien por una llamada del Rey o simplemente porque temieron las consecuencias de un golpe fracasado. El tribunal que juzgó los hechos no quiso saber nada de cosas como el bando militar elaborado en la capitania general de Baleares, no emitido, de apoyo al golpe, o de movimientos de tropas en otras capitanías. Las incógnitas sobre las complicidades civiles han sido escasamente esclarecidas, pues no se quiso investigar en esa dirección. Así pues, quedan lagunas por cubrir. Como escriben Cernuda-Jáuregui-Menéndez, «la del 23-F es una historia poco clara (...) de sobreentendidos y malentendidos, de

silencios y excesos verbales, de miopías políticas, de ambiciones sin fundamento y de arriesgadas operaciones de precisión»²⁵. Peor se ponen las cosas si prestamos atención a declaraciones como las de Alberto Oliart, quien asumió el Ministerio de Defensa después del intento de golpe. A la pregunta de si pudo haber triunfado responde:

A principios de 1981, una conspiración militar rápida y por sorpresa, casi más un *putsch* que un golpe de Estado, hubiera tenido alguna posibilidad de éxito. Pero la dimisión de Suárez y el nombramiento de Calvo Sotelo como candidato rebaja mucho ese clima, porque desaparece la gran excusa: el supuesto vacío de poder que el Ejército debía llenar. El 23-F fue un intento de ir a por todas en el último momento, apoyándose en un golpe diseñado de una manera por unos y ejecutado de otra manera por otros²⁶.

Apunta también algo que ya se intuía como posible, y que en su boca cobra especial importancia: «el golpe de Armada era una presión militar para que las Cortes eligieran un gobierno de concentración presidido por él mismo», «lo que Tejero y Milans tenían en la cabeza era una junta militar pura y dura», «se habla también, aunque no tengo más datos que lo que me contaron los servicios de información siendo ministro, de un grupo de coroneles y tenientes coroneles que pensaban en una dictadura o un gobierno civil vigilado por el Ejército, pero ese grupo no apareció el 23-F». También señala que, entre las causas del fracaso del golpe, el papel desempeñado por Tejero es relevante. Esta cuestión ya había sido analizada por otros autores, pero Oliart

apunta datos: «San Martín, Pardo Zancaña y posiblemente Armada quieren que fuerzas de la División Acorazada rodeen las Cortes y entre un solo oficial, de media gala, para decirnos que la situación de España es tan mala que los padres de la Patria tenemos que darle una solución aceptable. Pero Milans pone, como condición para sacar a sus tropas a la calle, que Tejero sea el protagonista». Empero, la presencia y la forma de actuar de Tejero hizo que militares tentados de apoyar el golpe se inhibieran. A nuestro entender, este es un punto clave en la resolución del 23-F. Pues en la prensa de finales de 1980 y comienzos de 1981 aparecen varias voces a favor de un gobierno de concentración, presidido o no por un militar. Y de las principales investigaciones sobre el tema se deduce que el Rey era favorable a esa solución y también que la alentó, en mayor o menor medida, no sólo que un general próximo al monarca, Armada, interpretara que el Rey era favorable a un golpe *de timón*. Siendo esto así, la entrada de una fuerza de la Guardia Civil en el Congreso de los Diputados, para hacer prisioneros a parlamentarios y gobernantes, y el empleo de armas de fuego para asustar a los allí presentes convertía en impresentable lo que algunos habían concebido como golpe de timón en tanto que preámbulo para forzar el gobierno de coalición presidido por un militar. Pero, ¿cómo es posible que los muñidores del golpe no dijeran a Tejero que la ocupación del Congreso debía hacerse sin disparar un solo tiro? Más que nada porque resultaba innecesario hacer disparos al techo, fueran grabados o no por las cámaras de televisión (RNE y SER transmitían en directo, TVE en diferido, pero grababa en directo para los siguientes avances informativos), para

²⁵ *Ibidem*, p. 10.

²⁶ Entrevista a Alberto Oliart en *El País*, 23 de febrero de 2001.

hacer sentir a la clase política que había sido hecha prisionera.

– Las teorías conspirativas, para implicar al CESID y al Rey

También debe incidirse en el desarrollo alcanzado por las teorías conspirativas en torno al 23-F. Desde el primer momento y hasta nuestros días, se publican obras en las que se trata de involucrar en el golpe a numerosas o todas las instituciones del Estado. Con dos propósitos. El primero, descargar de culpa a los golpistas juzgados y condenados en 1982, como si simplemente hubieran actuado cumpliendo órdenes recibidas desde sus mandos, hasta llegar al más alto escalafón de las Fuerzas Armadas. El segundo desprestigiar al Rey, a la monarquía constitucional, a los partidos políticos y al sistema democrático.

Algunos libros publicados a partir de cumplirse el veinte aniversario del 23-F han incorporado como elemento más novedoso el situar al principal servicio de información, el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID), en el corazón del golpe, más bien como cabeza rectora del mismo. El tema no era nuevo, y no existían dudas sobre la participación de agentes de este servicio en el operativo golpista. Además, era obvio que el CESID no impidió el desarrollo de la conspiración golpista, y lo mismo que algunos de sus integrantes participaron tanto en la organización como en la ejecución del golpe, y existen sospechas de que más miembros del servicio que los que fueron procesados estuvieron implicados en el 23-F. No obstante, solo dos agentes fueron procesados por el 23-F, y tan sólo uno de ellos condenado. Precisamente algunos textos (en formato libro y de

periódico, como *El Mundo*, edición de 22 de febrero de 2001) apuntan hacia el agente absuelto, comandante José Luis Cortina, responsable en 1981 de las secciones operativas, y también a Javier Calderón, entonces secretario general, número dos, de la *Casa*. Uno de los más activos en la divulgación de la idea de la implicación del CESID en el golpe ha sido Diego Camacho, en 1981 capitán del Ejército con destino en la Agrupación Operativa de Misiones Especiales (AOME) del CESID, que es una de las *fuentes* de las teorías conspirativas de Palacios, y quien en, 1996, ya coronel, fue expulsado del CESID, siendo director del centro Calderón.

Jesús Palacios, muy próximo a la Fundación Francisco Franco, sobrevalora la actuación del CESID, reduciendo el papel de los principales protagonistas conocidos del golpe a meros títeres del servicio de información. No aporta documentación que pruebe esta teoría, la de que la dirección del CESID trabajó para hacer coincidir proyectos golpistas diferentes. Pretende, pero no consigue, demostrar que el 23-F fue «una operación de Estado Mayor del CESID puesta en marcha por el teniente coronel Calderón y el comandante José Luis Cortina»: «Calderón y Cortina creen que ha llegado el momento de desentpolvar la operación *De Gaulle*». Y piensan en el general Alfonso Armada Comyn²⁷. Pero más bien parece que Armada se selecciona solo. Otras muchas de las afirmaciones realizadas, fundamentales para sustentar el argumento principal, no son documentadas por el autor. Por ejemplo: «Todos los contactos y reuniones de Tejero con García Carrés, con los generales Iniesta Cano y Dueñas Gavilán,

²⁷ PALACIOS, Jesús, *23-F. El golpe del CESID*, Barcelona, Planeta, 2001, pp. 25 y 199.

con el teniente coronel Pedro Más Oliver, ayudante del general Milans, fueron fotografiadas y grabadas por el CESID». Además, no parece creíble que un teniente coronel y un comandante fueran el cerebro del golpe y menos aún los organizadores principales. Parece que el autor quiere conducir al lector a pensar que estaban al servicio no sólo de algo, que se nos dice (fortalecer la democracia y la monarquía), sino también de alguien, mientras se siembran dudas sobre las intenciones del Rey. Por otro lado, ¿qué sentido tiene entonces que, también se afirme que el golpe fracasa por «el factor humano», con dos componentes: primero, que Tejero rechazó la propuesta de gobierno que Armada llevaba a los parlamentarios secuestrados y, segundo, que el general Sabino Fernández Campo impidió que el general Armada fuese a la Zarzuela. Pero, ¿por qué iba a impedirlo si el golpe era, ha dicho antes el autor, a favor de la democracia y la monarquía? No se sostiene la argumentación. Son varios los ejemplos de manipulación de cuestiones sobre las que disponemos de información contrastada, la cual demuestra precisamente lo contrario que lo que afirma el autor: «Aquella tarde noche los capitanes generales se pusieron, sin excepción, a las órdenes de su majestad», y una página después afirma que la mayoría de los capitanes generales respaldaron la actitud del capitán general de Valencia, Milans del Bosch. ¿De qué forma? No se expone. Respaldar a Milans implicaba esa tarde sacar tropas a la calle. ¿En qué quedamos? Pues el general Milans del Bosch había ocupado Valencia y (si bien esta es la versión oficial, y muy poco ha sido discutido esto) tardó varias horas en obedecer la orden del Rey de que los carros de combate regresasen a su base. Sin pre-

sentar pruebas, se puede afirmar cualquier cosa, pero esto resta veracidad al relato, interesante, no obstante, en la parte referida a los antecedentes del golpe. Asimismo, no deja de ser cierto que «nunca hubo una auténtica voluntad de investigar el papel del CESID en los sucesos del 23-F»; y, en efecto, los miembros de este organismo que se sentaron en el banquillo de los acusados «fueron exclusivamente los que tuvieron alguna relación con Tejero y porque éste los implicó en el golpe»²⁸. En otras intervenciones públicas, Palacios ha insistido en este tipo de argumentos: que a lo largo de 1980 oficiales de Estado Mayor del CESID prepararon la operación *De Gaulle*, etc. En un libro posterior, Palacios da un paso más, para situar al rey en el centro del golpe: este se llevó a cabo para corregir desviaciones y defectos peligrosos, el principal el proceso autonómico, el Rey tuvo conocimiento de la operación y «estuvo absolutamente involucrado en la operación», «estuvo en el 23-F hasta que el tapón que le puso Tejero a Armada en el Congreso, le decidió a desmontar toda la operación»²⁹. El autor inventa acontecimientos y situaciones (la primera llamada del Rey fue a Armada, para que acudiera a La Zarzuela...), apoyos al golpe, y opiniones para establecer las *conclusiones* que le interesan.

La supuesta implicación de mandos del CESID está también presente en otro libro publicado en el vigésimo aniversario del golpe, salido de la pluma del coronel Juan Alberto Perote, responsable de los comandos operativos del servicio de inteligencia durante varios años de gobierno

²⁸ *Ibidem*, pp. 25, 27, 28, 29 y 53.

²⁹ PALACIOS, Jesús, *23-F: El Rey y su secreto. 30 años después se desvela la llamada "Operación De Gaulle"*, Madrid, LibrosLibres, 2010, pp. 13 y 20-21.

socialista, un indicativo más de los mimbres de entonces. Insinúa que los mandos del servicio secreto estaban al tanto del golpe, y afirma que miembros del servicio participaron, articulando los distintos proyectos golpistas y controlando los movimientos de las distintas facciones golpistas. Lo principal es la afirmación de que mandos del CESID conocían lo que podía pasar o lo que iba a pasar y no lo impidieron: Calderón «estuvo al tanto de todas las conspiraciones». Asimismo, que los mandos ocultaron las pruebas de la participación en los hechos de personal de la AOME, en concreto el informe que sobre esta cuestión realizó el coronel Juan Jáudenes³⁰. A menudo, a su conveniencia, el autor recrea supuestas conversaciones entre el Rey y Armada y entre el Rey y Suárez, a la búsqueda de los guionistas del golpe.

Otros de los fabricantes de las teorías conspirativas ha sido el coronel Amadeo Martínez Inglés³¹, quien pretende involucrar al Rey en los preparativos del golpe y de paso situar en el punto de mira al CESID y, como novedad, al Servicio de Información de la Guardia Civil, con Andrés Cassinello como máximo responsable de hechos supuestos. Sus dos primeros libros tuvieron continuidad en *La conspiración de mayo. El "Alzamiento Nacional" que preparó la derecha castrense española para el 2 de mayo de 1981 y que frustró el 23-F*, es decir, con un subtítulo esclarecedor de los propósitos de este tipo de obras (el autor ha publicado en la misma editorial

Juan Carlos I, el último Borbón). En la introducción se dice que había un golpe duro en marcha y que este no llegó a materializarse porque se le cruzó «el blando, institucional, palaciego», «una maniobra político-militar-institucional, nacida en los aledaños de la primera magistratura de la nación», para salvar como fuera la monarquía borbónica y enderezar el proceso de transición. A continuación, pone en boca del ya fallecido Milans del Bosch las siguientes palabras: «El rey, probablemente, se asustó y abandonó precipitadamente el proyecto político en el que tanto Armada como yo llevábamos meses trabajando. Sí, sí, se puede afirmar que en cierta medida nos abandonó; nos traicionó»³².

Otro texto abonado a las teorías conspirativas³³ es el del ex comandante de Estado Mayor Pardo Zancada³⁴, participante en varias operaciones golpistas, encargado por Milans de colaborar en la sublevación de la Acorazada Brunete, respaldando la actuación del general To-

³² MARTÍNEZ, Amadeo, *La conspiración de mayo*, Barcelona, Styria, 2009, pp. 10, 13 y 14.

³³ Otros textos de claro propósito manipulador, para desviar responsabilidades, aparte de los ya citados, son: ARMADA, Alfonso, *Al servicio de la Corona*, Barcelona, Planeta, 1983; FUENTES GÓMEZ DE SALAZAR, Eduardo, *El pacto del capó. El testimonio clave de un militar*, Madrid, Temas de Hoy, 1994 (el autor estuvo implicado en el golpe); DE LA CIERVA, Ricardo, *Claves del 23-F. El Elefante blanco* (Madrid, ARC, 1997), *Los juramentados del 23-F*, Madrid, ARC, 1997, y *El 23-F sin máscaras. Primera interpretación histórica* (Madrid, Fénix, 1999); y MERINO, Julio, *Tejero. 25 años después*, Madrid, Espejo de Tinta, 2006.

³⁴ PARDO ZANCADA, Ricardo, *23-F. La pieza que faltaba*, Barcelona, Plaza y Janés, 1998. En su reseña al libro, Javier Tusell señaló: «Los editores de Plaza&Janés llevan algún tiempo ofreciendo libros de contenido antimonárquico. Ser republicano es una opción respetable. No lo es, en cambio, ofrecer como argumentos aquellos que aquí aparecen: aparte de inconsistentes, beneficiosos para actitudes políticas de consecuencias letales».

³⁰ PEROTE, Juan Alberto, *23-F: Ni Milans ni Tejero. El informe que se ocultó*, Madrid, Foca, 2001, pp. 33 y 5-6.

³¹ MARTÍNEZ INGLÉS, Amadeo, *23-F: el golpe que nunca existió*, Madrid, Foca, 2001, donde vuelve y da continuidad a lo ya dicho en *La transición vigilada. Del Sábado Santo "rojo" al 23-F*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.

rres Rojas y el coronel San Martín. Una vez que fracasó la rebelión en la *Brunete*, y lo mismo la operación Armada (en este orden, según Pardo), y tras el mensaje del Rey por televisión, Pardo improvisó una columna de vehículos ligeros y se presentó en el Congreso con la esperanza de impulsar el respaldo de alguna capitania general. En su libro narra, desde un punto de vista interesado, su participación en las tramas golpistas, ofreciendo datos sobre el ambiente militar previo al golpe de Estado y perfiles de los protagonistas (el general Iniesta aportando fondos para el golpe), pero el propósito principal de la obra es acusar al Rey de inspirar el golpe.

- El Rey, fuera del golpe

Durante su intervención en la URJC, Cernuda nos dijo:

(...) Perote, coronel traidor donde los haya, y que lo que pretende fundamentalmente con su libro es intentar implicar al Rey en esa intentona golpista, siguiendo la trayectoria que ha adoptado en los últimos años consistente en atacar cualquier tipo de institución. Hay todavía muchas incógnitas sobre la intentona golpista, muchas. A mí, sin embargo, después de investigar todo lo posible, me salen tres o cuatro cosas muy claras. Una, desde luego, que el Rey no estaba en el golpe, pues si hubiera estado en el golpe simplemente con quedarse quieto en su despacho, simplemente con eso, el golpe habría triunfado. Sin embargo, él y Fernández Campo se dedican a llamar no solamente a los capitanes generales sino también a otras personas cuyo concurso podía ser decisivo. El Rey, por haber cursado la carrera militar, conocía a una serie de militares de su promoción, compañeros en diversas escuelas militares y que estaban casi todos ellos en lugares clave, en capita-

nías generales y en divisiones, como jefes de Estado Mayor o de tenientes generales; él los llama uno a uno para que le expliquen qué está pasando en las capitánías. Por ejemplo, llama al jefe del Estado Mayor de Merry Gordon, capitán general de Sevilla, y le pregunta sobre la actitud de Merry. Su interlocutor le dice: *Pues está como puedes imaginar* (el Rey se tutea con los compañeros cuando se trata de una conversación informal o cuando hablan por teléfono), *inconsciente por la ginebra*, pero se había puesto el uniforme de general de La Legión; el Rey ya sabía que Merry, cuando se emborrachaba, se ponía el uniforme de campaña de La Legión, ponía el himno de esta unidad y salía a la calle. El Rey recomendó que Merry continuase inconsciente, que de ninguna manera saliera a la calle. Luego llamó a otro compañero suyo, destinado en la base aérea de Manises, muy importante por encontrarse en Valencia, que era la región militar sublevada en ese momento, preguntó por la situación allí y su interlocutor le respondió que el jefe de la base se encontraba haciendo *footing*, que había enviado un jeep para que regresase a la base y que había puesto dos cazas en la entrada de la base: *Aquí no entra ni Dios, aunque venga Milans sentado encima de un tanque*. Por lo tanto, mi primera convicción es que el Rey no estaba en el golpe. Mi segunda convicción es que la mayoría de los capitanes generales estaban a favor de un golpe, y si no hubiera sido por la actuación del Rey se hubieran sumado sin ninguna duda. Y la tercera es que Armada estaba en el golpe. Voy a contar una anécdota al respecto. La agencia en la que yo trabajaba entonces, Colpisa, fue la que dio la información esa madrugada de que Armada era uno de los cabecillas del golpe. ¿Cómo nos enteramos de que Armada estaba en el golpe? Aquella noche yo fui al Ministerio del Interior, donde se encontraba reunido el gabinete de crisis formado

por subsecretarios y secretarios de Estado, dado que los ministros permanecían secuestrados en el Congreso. Mientras me encontraba allí, Moncho del Corral, un compañero periodista, entonces jefe de prensa del ministro, me dijo que Armada estaba implicado en el golpe. Yo me quedé estupefacta, porque nadie podía imaginar que Armada, aquel hombre tan del Rey, pudiera estar en el golpe. Esperé a que saliera uno de los miembros del Gobierno en funciones y me dijo que, efectivamente, *Armada está en el golpe*. Me fui zumbando a la agencia y le dije a mi director, Manuel Leguineche, que Armada era uno de los golpistas, y Manu dijo: *No podemos dar la noticia hasta que podamos confirmarlo con otra fuente*. Entonces Manu, a otra redactora de la agencia, Susana Olmos, que llegaba entonces del Congreso, muy nerviosa, pues le habían caído cascotes en la cabeza procedentes del techo del hemiciclo, sobre el que habían disparado los guardias civiles al ocupar la Cámara, que le habían roto las gafas y ocasionado cortes en la cara, le encargó que llamara a la capitania general de Valencia, a Milans, como si fuera la mujer de Tejero, para ver qué le contaba. Susana nunca pensó que Milans se fuera a poner al teléfono, pero, ante su estupor, lo hizo. Recuerdo que ella se quedó sin habla y que Manu le dio una copa de cognac, que se bebió entera. Susana no hablaba, y como no hablaba daba más credibilidad a que ella fuera la esposa de Tejero, lo único que hacía era escuchar los gritos de Milans, que le decía: *¿Es que tu marido se ha vuelto loco, por qué a la hora de la verdad se niega a aceptar a Armada como jefe de Gobierno?* Ese era el dato que nos faltaba³⁵.

Esta línea expositiva coincide a grandes rasgos con la del texto firmado por

³⁵ "Mesa Redonda: El 23", Intervención de los ponentes, Pilar Cernuda, 2002, *op. cit.*, p. 93.

Fernández López. Su libro se apoya en la bibliografía publicada y no aporta datos novedosos, aunque emplea, como en su tesis doctoral y en obras anteriores³⁶ a la que ahora nos ocupa, fuentes orales relevantes. Las tres cabezas visibles de los golpistas tenían objetivos diferentes: Tejero acabar con la democracia y formar una junta militar, Milans del Bosch acabar con la democracia y fortalecer los poderes del Rey, y Armada llegar a la presidencia del Gobierno y ejercer de consejero regio. Fernández sostiene que el golpe fracasa porque existen fallos en los preparativos: escasa coordinación de las operaciones, falta de decisión en militares que se habían comprometido a desempeñar tareas concretas y asumir responsabilidades (es el caso de Torres Rojas, quien viajó desde La Coruña a Madrid para ponerse al frente de la División Acorazada Brunete en ausencia del general Juste) y por la importancia de las resistencias que se le opusieron, en primer lugar el Rey y altos mandos militares. Como en otros textos, aquí se señala a Tejero como responsable principal del fracaso del golpe, por negarse a acatar las órdenes de Armada y Milans del Bosch, pues, después de que el Rey hubiera hablado con todos los capitanes generales, la única posibilidad de que el golpe triunfara pasaba por una alocución de Armada desde la tribuna del Congreso, aunque el que tuviera que ratificar su propuesta de gobierno fuera un Parlamento secuestrado a punta de metralla. No obstante, debe añadirse que el golpe todavía podía haber triunfado si otros militares se hubiesen sublevado en la madrugada del día 24.

³⁶ FERNÁNDEZ LÓPEZ, Javier, *El rey y otros militares. Los militares en el cambio de régimen político en España (1969-1982)*, Madrid, Trotta, 1998.

Como los periodistas Cernuda y Carcedo, Fernández sostiene que el Rey no tuvo conocimiento de los preparativos del golpe y coincide en que, desde el primer momento, se posicionó en su contra. Titula el capítulo V “Los enigmas sin resolver”, con dos epígrafes que titula “El papel de don Juan Carlos” y “¿Dimitió Suárez para impedir un golpe militar?”, pero no desvela nada nuevo, dominando la voluntad de situar al Rey fuera de cualquier maniobra al margen de la legalidad, por encima de la de plantear alguna hipótesis sobre el papel del Rey antes y durante el golpe. Abunda en lo escrito por otros, que hubo fallos de planificación, que no hubo una cabeza visible del golpe que ordenase a los demás (algo que no sabemos), que coincidieron en el tiempo varios proyectos golpistas, y que estos chocaron. En cuanto al Rey, recuerda que las dudas planteadas por otros se refieren a las entrevistas mantenidas por el monarca con Armada antes del golpe, a las que distintos autores han puesto fecha, los días 3 de enero y 6, 11 13 de febrero, las dos primeras en Baqueira Beret, en el Pirineo catalán, y las otras dos en La Zarzuela, y a la tardanza en dirigirse a los españoles por Televisión Española. En cuanto a las entrevistas, Fernández solo dice que «los hechos demuestran una vez más que el Rey solo ha actuado como tenía que hacerlo», evitando decir si el Rey actuó conforme a la Constitución o no, y sin aportar fuentes contrastadas para semejante afirmación. En lo referido al retraso del mensaje real, este es un tema del que todo el mundo ha hablado, desde el día de los hechos, y al que se agarran las versiones conspirativas, y tratado de forma diferente por otros autores; por ejemplo, por De Silva: el retraso se debería a las dudas de la Casa Real

sobre qué hacer y estar pendiente de la evolución de los acontecimientos; si Armada habló con el Rey a las 21 horas y pidió entonces permiso para ir al Congreso y *solucionar* lo ocurrido, pues transcurre mucho tiempo hasta la emisión del mensaje real, sobre todo si se considera que TVE anuncia su emisión bastante antes de las 01.14 horas del día 24³⁷. A Fernández ese retraso no le crea ninguna duda respecto a la posición del Rey. Y sin embargo queda mucho tiempo entre las 23.30 pasadas del día 23, cuando sitúa la llegada del equipo de TVE, y las 01.14 horas del día 24, cuando se emite el mensaje. Y Armada, se dice, habría llegado al Congreso unos minutos después de las 24.00 h, a lo que se añade que «es imposible que en La Zarzuela se esperase el fin de la gestión del general Armada», no demostrado, pues desconocemos las gestiones que el general hizo por teléfono, y que «no puede ser que en TVE se esperase a conocer la salida de Armada del Congreso», afirmación no contrastada, y «la emisión de las imágenes es anterior»³⁸; y tal vez fuera así. El periodista Ignacio Puche ha dejado escrito en un libro publicado tan solo unos días después del golpe, y que es uno de los que fija la versión oficial del 23-F, que el mensaje real se emitió cuando estaba finalizando la conversación entre Armada y Tejero o justo después de finalizar: «mientras tanto los periodistas podían ver cómo el general Alfonso Armada salía del Congreso y se dirigía al hotel Palace»³⁹.

³⁷ DE SILVA, Pedro, *Las fuerzas del cambio. Cuando el rey dudó el 23-F y otros ensayos sobre la transición*, Barcelona, Prensa Ibérica, 1996, p. 326.

³⁸ FERNÁNDEZ LÓPEZ, Javier, *op. cit.*, 2000, pp. 208, 209, 210.

³⁹ En BUSQUETS, Julio, AGUILAR, Miguel Ángel y PUCHE, Ignacio, *El golpe. Anatomía y*

Otro texto que avala el posicionamiento democrático del Rey es el de Miguel Platón, que trata de una etapa larga de nuestra historia, pero se publica coincidiendo con el vigésimo aniversario del golpe: “La más disparatada, increíble e insidiosa” de todas las especulaciones «fue la que responsabilizaba a la Corona de respaldar la acción llevada a cabo», es falsa y una «gravísima acusación» decir que lo sabía o estaba detrás, y lo mismo que los militares lo apoyaban; al contrario, estaban plenamente con la monarquía parlamentaria, se dice⁴⁰.

La voluntad de situar a Juan Carlos I como adalid de la democracia se ha ido apagando conforme ha descendido el interés por el 23-F, por la falta de novedades documentales, y al tiempo que la imagen del Rey se deterioraba por otros asuntos. Antes de que esto sucediese, vuelve a estar presente en un libro que podía ser mucho más interesante si los autores no se hubieran esforzado tanto en ocultar parte de los hechos, ya sabidos, y en justificar sus propias actuaciones. Firmado por dos hombres de la secretaría general y dirección del CESID, Calderón y Ruiz, no trata solo del 23-F, abunda en la confluencia circunstancial de varias acciones golpistas, tema ya muy tratado, niega la implicación del CESID, y reflexiona sobre si fue una acción planificada o improvisada, sobre si estuvo relacionada o se gestó independientemente de la idea de un golpe de timón diseñado tras la moción de censura del PSOE al gobierno de Suárez. También lo hace sobre la implicación de Armada y la actitud del

claves del asalto al Congreso, Barcelona, Ariel, 1981, p. 117.

⁴⁰ PLATÓN, Miguel, *Hablan los militares. Testimonios para la historia (1939-1996)*, Barcelona, Planeta, 2001, p. 631.

Rey, para apuntar alguna cosa de interés, como la necesidad de atender a «las conversaciones entre los capitanes generales», e incidiendo en el protagonismo del teléfono, pero no la desarrolla, y expone de forma rimbombante su tesis: «se trató de un golpe improvisado y con muy escasa, casi nula, preparación, decidido en muy pocos días (menos de seis), por muy pocas personas (unos seis), sin papeles y, lo que es más llamativo, sin un jefe; por esos motivos hubo que echar imaginación o, si se quiere, montar una historia o fábula para suplir las carencias de la preparación. La falta de un jefe produjo una gran confusión en su desarrollo. No obstante, estimamos que el éxito o el fracaso del golpe se dirimió en la dialéctica entre los capitanes generales de las regiones militares y el Rey»⁴¹. Por otro lado, sin ser completamente novedosas, son interesantes las páginas del libro referidas al conocimiento por Estados Unidos y el Vaticano de que el golpe de Estado iba a tener lugar.

- A vueltas con Armada

El historiador Cuenca Toribio ha construido un libro a partir de sus conversaciones con Armada⁴², donde este ofrece el testimonio más amplio sobre el golpe de timón y el 23-F. Armada, el personaje más interesante del 23-F, niega la existencia del proyecto para «un gobierno Armada», luego se desdice a medias, ofrece respuestas sinuosas a varias

⁴¹ CALDERÓN FERNÁNDEZ, Javier y RUIZ PLATERO, Florentino, *Algo más que el 23-F. Testimonios y vivencias en torno a la Transición española*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004, pp. 150 y 81.

⁴² CUENCA TORIBIO, José Manuel, *Conversaciones con Alfonso Armada: el 23-F*, Madrid, Actas, 2001.

preguntas y recalca que el mensaje del Rey se emitió después de que él hablara con Tejero en el Congreso:

Salí del Congreso, llegué al Palacio y llamé a la Zarzuela diciendo: *He fracasado. Tejero no quiere sacar a la gente, pero tengo la certeza o la convicción de que no le va a pasar nada a nadie.*

Y después de esto es cuando se transmite el mensaje del Rey (...) hasta que no terminé mi gestión, el Rey no pronunció su mensaje (...)

Cuando estaba preparando la defensa, escribí una carta a la Zarzuela pidiendo autorización para referirme a las cosas que había hablado con el Rey (...) le comenté al Rey que se estaba preparando algo, aunque no tenía detalles (...)

El Rey me trae a Madrid (...) Porque yo era una persona que le informaba y él creía que yo le podía dar noticias ciertas de lo que sucedía en el Ejército (...)

A los que preparaban la intentona – que yo creía que iba a suceder, pero no sabía cómo– tampoco les interesaba que yo lo supiese porque yo no iba a ser el ejecutor (...)

El Rey conocía que existían una serie de inquietudes, de follones, de conspiraciones si se les quiere llamar así...; lo sabía, sabía lo mismo... vamos, sí, lo mismo que yo o, al menos, tenía, la misma idea que yo. Puede que algún detalle no lo supiera, porque todo, todo, nunca se cuenta, pero el Rey estaba, en general, informado (...)

El 23-F no lo lanzó Jaime Milans del Bosch; lo lanzó Tejero con la gente que le empujaba (...) No niego en absoluto que tuviera conocimiento de que iba a tener lugar una asonada; lo que si niego es que conociese los detalles de cómo la iban a hacer, porque no me lo comunicaron (...)

Lo de ser presidente del Gobierno no tiene ningún sentido porque, primero, aunque yo le doy una lista de ministros

al Rey, el que los nombra es el Rey (...)

El Rey no estaba detrás del golpe (...) Yo fui al Congreso plenamente consciente de que tenía que resolver la situación, de una manera o de otra, pero que había que resolverla. Si bien es falsísimo (...) que yo llevase un gobierno preparado (...) el procedimiento para nombrar un gobierno es: primero, que lo aprueben las Cortes, suponiendo que yo pasase, y que las Cortes me diesen un voto de confianza, y segundo, que el Rey aprobase el gobierno que yo le presentaba. Antes yo tenía que tantear a las personas a las que quería nombrar para el gobierno, y a mí me parece absurdo que Fraga y Carrillo quisiesen estar en el mismo gobierno, o que Felipe González quisiera formar parte. Y que yo fuera a presidirlo no tiene ningún sentido.

Yo para lo que fui al Congreso es para negociar con Tejero para que se terminase aquello –la retención de los diputados– (...)

Yo estaba dispuesto a engañar (...) a Tejero. Estaba dispuesto a decirle que entraba en el Congreso, que me presentaba de presidente –no que había un gobierno porque eso no tiene ningún sentido–, y eso lo pensé como una solución para sacar a la gente y liberarlos (...)

Piense una cosa: cuando yo salí del Congreso es cuando apareció en la televisión el mensaje del Rey. ¿El tiempo que estuve en el Congreso? A mí se me hizo muy largo (...)

(Pregunta) También se ha escrito que Vd. y Tejero consultaron la Constitución para ver si podía formarse un gobierno de gestión, que Vd. Presidiría.

Buscamos la Constitución. Ahora, yo no sé lo que queríamos buscar en la Constitución. Me acuerdo que trajeron el libro de la Constitución y no sé si buscamos cómo se nombraba al presidente y si tenía que ser por votación (...)

Y así fue todo el tinglado. Yo desde luego no le hablé de formar gobierno. ¿Puede tal vez decir *Yo me presento a ver si me votan?* Puede ser que sí. Ahora, ¿ministros y eso?, no di ninguno porque no se me había ocurrido, vamos. Eso era un trámite al cual no habíamos llegado; tenía antes el Rey que aprobarme como primer ministro⁴³.

Por supuesto que las declaraciones de Armada deben ser tenidas en cuenta, en especial cuando hace referencia a su estrecha relación con el Rey (instructor militar suyo cuando era príncipe, secretario general de su Casa entre 1975 y 1977, visitador y visitado por los reyes después y posible emisario real a distintas personalidades civiles y militares) y al gobierno que él presidiría en caso de triunfar el golpe. Obviamente, que Armada sitúe la emisión del mensaje del Rey después de que él saliera del Congreso y llamara a La Zarzuela, es una cuestión relevante en el caso de ser cierta, pues dotaría de un significado distinto al pretendido por Fernández Campo la afirmación de este de que se autorizó a Armada a ir al Congreso, *a título personal*. Además, algunas de sus declaraciones parecen confirmar la idea de que una parte de los servicios de inteligencia jugaron a dos barajas durante el 23-F: unos agentes a propiciar el éxito del golpe, otros a vacunar contra el golpismo a unas Fuerzas Armadas muy vinculadas al franquismo y a disciplinar a una clase política irresponsable y que anteponía intereses individuales y de grupo a los intereses nacionales.

Otra aportación, interesante y que huye del sensacionalismo y de la pretensión de haber resuelto todas las incógnitas, está contenida en un artículo de Jesús de

Andrés. Aporta una explicación del 23-F cuya expresión abstracta es la siguiente: «determinadas coyunturas políticas, en un escenario en transformación en el que las elites se disputan el poder, pueden dar lugar a la aparición de movimientos golpistas; la formación de estos grupos se verá favorecida por la existencia de colectivos que, compartiendo intereses y códigos culturales, articulen discursos políticos anclados en una subjetiva razón de Estado y defiendan una solución golpista; tras una fase de organización, reclutamiento y consecución de recursos, los actores involucrados estarán en disposición de ejecutar su acción». El autor expone como, después de que, tras la dimisión de Suárez, el Rey descartase la idea de un gobierno presidido por Armada, este general quiso entender que la única carta que le quedaba era «la de aprovechar el golpe de Milans para, esta vez sí, reconducir la situación»:

Es a partir de este momento cuando, llevando la iniciativa, pero de forma discreta, acelera la operación: sólo una acción militar inesperada podría volverle a colocar como candidato. Para ello debe actuarse antes del nombramiento de Calvo Sotelo: sus contactos en el CESID empujan, en la confianza de participar en un golpe legal, para que el golpe tenga lugar durante la ceremonia de investidura. De esta manera, Armada se incorporaba al golpe de Milans, o, mejor dicho, incorporaba el golpe de Milans al que, desde ahora, en la sombra, hace suyo. De hecho, la mayoría de los implicados desconocía cómo habían discurrido los contactos, teñidos de vaguedades, medias verdades y sobreentendidos, entre ambos generales⁴⁴.

⁴³ *Ibidem*, pp. 85, 99, 104-105, 109, 118, 124-126, 156, 170-171 y 173.

⁴⁴ «¡Quieto todo el mundo!» El 23-F y la transición española», *Historia y Política*, n° 5, 2001, pp. 57 y 79. Este Profesor de Ciencia Política en la

– Las obras más recientes

Siendo muchas las aportaciones sobre el 23-F⁴⁵, recogemos en este epígrafe algunas de las últimas aparecidas. El veinticinco aniversario del golpe dio pie a la publicación de algunos libros, ya menos que cinco años antes, y de menor interés.

UNED es autor de *El voto de las armas. Golpes de Estado en el sistema internacional a lo largo del siglo XX*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2001, y “Golpes de Estado y respuesta desde fuera del ámbito institucional. La movilización social ante el 23-F”, en CASTILLO, S. y ORTIZ DE ORTUÑO, J. M^a (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998.

⁴⁵ Aparte de los ya citados: VILLACASTÍN, Rosa y BENEYTO, María, *La noche de los transistores. El Rey paraliza el golpe*, Madrid, San Martín, 1981; GOOCH, Anthony, “Spain and el 23-F, before and after”, *Contemporary Review*, n^o 1.399, 1982; URBANO, Pilar, “Las claves del fracaso de tres golpes de Estado”, en *1975-1995. Veinte años de nuestra vida. Historia de la democracia*, Madrid, El Mundo, 1995; RUBIO, Manuel, *23-F. El proceso: del sumario a la sentencia*, Barcelona, Libros Ceres, 1982; el capítulo de COLOMER, Josep M., “¡En nombre del Rey!”, en su libro *El arte de la manipulación política*, Barcelona, Anagrama, 1990; el capítulo de GARCÍA RIVAS, Nicolás, “Comentario a las sentencias sobre la rebelión militar del 23 de febrero de 1981 y sobre la conspiración para la rebelión de 28 de octubre de 1982”, en *La rebelión militar en derecho penal*, Albacete, Universidad de Castilla-La Mancha, 1990; el artículo de FERNÁNDEZ CAMPO, Sabino, “Consideraciones jurídico-constitucionales sobre los acontecimientos del 23 de febrero de 1981”, en *Anuario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 1995; GARCÍA ESCUDERO, José María, *Mis siete vidas. De las brigadas anarquistas a juez del 23-F*, Barcelona, Planeta, 2005. Intrascendentes: ONETO, José, *23-F: las claves diez años después*, Madrid, Tiempo 1991; HERAS, Raúl y PÉREZ ABELLÁN, Francisco, *Asalto al Congreso de los Diputados*, Madrid, Ruiz Flores, 1981; MARTÍN AGUADO, José Antonio, *Asalto a la democracia*, La Coruña, Edición del Autor, 1981; PLA, Juan, *La trama civil del golpe*, Barcelona, Planeta 1982 (el autor fue uno de los dos únicos testigos civiles llamados a declarar en el juicio); MORA, Francisco, *Ni héroes ni bribones: los personajes del 23-F*, Barcelona, Planeta, 1982, y *El elefante blanco*, Madrid, Ediciones B, 2000; GARCÍA PÉREZ, José, *18 horas con Tejero*, Málaga, Algazara, 1997.

Se trata de las obras de los periodistas Medina⁴⁶, en parte novelada, y Oneto⁴⁷, que se repite, ambos carentes de interés, y la del coronel auditor Bravo⁴⁸, con prólogo del historiador, medievalista, Luis Suárez, colaborador de la Fundación Francisco Franco, introducción del golpista Pardo, y publicada en una editorial de orientación ultranacionalista; Bravo se agarra a las declaraciones de varios de los implicados en el golpe, sobre todo Milans, para exponer una versión no novedosa y manifestar que las penas impuestas a los condenados fueron injustas.

Un año antes, muchas más cosas podrían haberse contado en el tardío libro (aparecido unos meses después de su fallecimiento) del ex coronel San Martín⁴⁹, licenciado en Ciencias Económicas y diplomado de Estado Mayor del Ejército y del Estado Mayor de la Armada, director general del servicio de inteligencia creado en época de Carrero, el SECED, hombre clave en el Estado Mayor de la Brunete en el 23-F, en fin, alguien con la posibilidad de habernos hecho avanzar en el conocimiento del 23-F, proporcionando al menos una versión completa sobre lo que pasó en las dependencias de la Brunete.

A falta de nuevas fuentes, el historiador Pinilla⁵⁰ aporta una reflexión de interés, sobre todo desde el punto de vista

⁴⁶ MEDINA, Francisco, *23-F. La verdad*, Barcelona, Plaza y Janés, 2006.

⁴⁷ ONETO, José, *23-F: la historia no contada. El caso Tejero 25 años después*, Barcelona, Ediciones B, 2006.

⁴⁸ BRAVO NAVARRO, Martín, *23-F. Las claves de una trama oscura*, Valladolid, Quirón, 2006.

⁴⁹ SAN MARTÍN, José Ignacio, *Apuntes de un condenado por el 23-F*, Madrid, Espasa, 2005.

⁵⁰ PINILLA GARCÍA, Alfonso, *El laberinto del 23-F. Lo posible, lo probable y lo imprevisto*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2010.

metodológico, jugando (teoría de juegos) con los distintos puntos de vista sobre los hechos.

El libro de mayor impacto mediático ha sido el de la periodista Urbano⁵¹, publicado justo después de la muerte de Suárez. La autora atiende poco al 23-F, y más a la labor del Rey para conseguir la dimisión del que fuera presidente del Gobierno en enero de 1981, a partir de supuestos testimonios del mismo, enfermo de alzheimer los años previos a su muerte. Sostiene que la operación Armada se fraguó en La Zarzuela; por eso el Rey forzó la dimisión de Suárez (lo que no demuestra lo anterior). El libro contiene numerosos errores sobre cuestiones sencillas e inventa hechos, sin sonrojo alguno, pensando en las ventas, pero fue jaleado por varios medios de comunicación, entre estos *El Mundo*.

La última obra digna de mención es la del historiador Muñoz Bolaños⁵², quien revisa la bibliografía disponible, dispone de varias fuentes orales y utiliza como fuente principal, los sumarios y sentencias de las causas 559/78 y 2/81. Es una obra bien construida, muy atenta al horario de cada acontecimiento. Su hipótesis principal, ya presente en obras de otros autores, es que existía una operación para convertir a Armada en presidente de un gobierno de concentración mediante una moción de censura al presidente Suárez y que, cuando Suárez dimitió y el Rey y los políticos partidarios de Armada no consiguieron impedir la resolución de la crisis vía parlamentaria, este general utilizó el

proyecto de golpe duro para intentar ser presidente. Más incisiva es la afirmación de que «el rey no desautorizó a Milans del Bosch» y que, si el Rey autorizó a Armada a acudir al Congreso de los Diputados, fue porque esa «era la única manera de evitar el fracaso completo del golpe de Estado y un proceso donde pudieran salir a la luz todas las conexiones del general»⁵³. Sitúa, como Armada, la emisión del mensaje real en horario posterior a la salida de este general del Congreso y opina que si el mensaje se emitió entonces fue porque «era necesario para demostrar que Juan Carlos I estaba en contra del golpe de Estado y a favor del sistema democrático»⁵⁴.

Llevamos años sin libros sobre el 23-F. Ha descendido el interés, si bien lo habría si alguien sacase a la luz al menos una parte de los datos que nos faltan. Permanecemos a la espera. El último libro de un historiador sobre la intervención de los militares en política, da por buena la versión *oficial* sobre el 23-F, con el protagonismo principal de Armada como jefe militar y político de los golpistas. Pero añade que «todavía hay más sombras que luces en el conocimiento de la organización de la trama, los militares y civiles implicados y los objetivos finales del golpe»⁵⁵.

– A la espera de una novela

Líneas más adelante analizamos varios de los documentales sobre el 23-F. Un

⁵¹ URBANO, Pilar, *La gran desmemoria: lo que Suárez olvidó y el Rey prefiere no recordar*, Barcelona, Planeta, 2014.

⁵² MUÑOZ BOLAÑOS, Roberto, *23-F. Los golpes de Estado*, Madrid, Última Línea, 2015.

⁵³ *Ibidem*, p. 41.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 288.

⁵⁵ ALÍA MIRANDA, Francisco, *Historia del Ejército español y de su intervención política. Del desastre del 98 a la transición*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2018, p. 165.

libro⁵⁶ ha tratado del 23-F en la prensa, nacional y anglosajona, en el documental televisivo, la novela y el cine. A este respecto cabe señalar que la serie televisiva, en dos episodios y emitida en 2009, *23-F. El día más difícil del Rey*, merece ser vista, por su buena contextualización y por la sugerente (destinada a crear opinión) construcción de la completaría labor desempeñada por Sabino-Juan Carlos. También que estamos a la espera de una novela entretenida y con *contenido*. Sí disponemos de un buen relato novelado, el de Cercas, que no renuncia «a ser leído como un libro de historia», que «no renuncia a acercarse al máximo a la pura realidad del 23 de febrero»⁵⁷. No deja de sorprender que para alcanzar ese objetivo Cercas dice haber recibido el argumento de Javier Pradera: «Cortina monta el golpe y Cortina lo desmonta. Por lealtad al Rey»⁵⁸. Algunas afirmaciones contenidas en el texto de Cercas son de interés, aunque tomadas de otros autores, y merecerían una reflexión más amplia:

– «Las operaciones políticas fueron la placenta que nutrió el golpe, suministrándole argumentos y coartadas; al discutir sin disimulo la posibilidad de ofrecer el gobierno a un militar o de pedir ayuda a los militares con el fin de escapar del embrollo, la clase dirigente entreabrió la puerta de la política a un ejército que clamaba por intervenir en la política para destruir la democracia».

⁵⁶ LÓPEZ, Francisca y Castelló, Enric (eds.), *Cartografías del 23-F. representaciones en la prensa, la televisión, la novela, el cine y la cultura popular*, Barcelona, Laertes, 2014.

⁵⁷ CERCAS, Javier, *Anatomía de un instante*, Barcelona, Mondadori, 2009, pp. 25-26.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 20.

– El Rey «intenta a su modo librarse de Suárez» y «espolea a unos y a otros contra él».

– «Si el Rey hubiese organizado el golpe, si hubiese estado implicado en él o hubiese deseado su triunfo, el golpe hubiese sin la menor duda triunfado», pero el monarca no debió, entre otras cosas, «presionar hasta el límite al gobierno para que aceptase al general Armada como segundo jefe del Estado Mayor del Ejército, autorizándole a concebir y propagar la idea de que lo traía a Madrid para convertirlo en presidente de un gobierno de coalición o concentración o unidad (...) el Rey se comportó de forma como mínimo imprudente».

– «Convencido de que Armada hablaba en nombre del Rey, ansioso por convencerse de ello, Milans aceptó el trato, y de esa forma la Operación Armada se dotó de un ariete militar: a través de Milans el antiguo secretario real sujetaba a los militares golpistas y podía esgrimir la amenaza o la realidad de la fuerza en el momento en que más conviniera a sus propósitos. Fue un cambio de rasante. Hasta aquel momento la Operación Armada era una operación solamente política que quería imponerse por medios solamente políticos; a partir de aquel momento era una operación más que política, puesto que guardaba en la recámara el recurso de un golpe militar para el caso de que no pudiera imponerse por medios solamente políticos».

– Tras la dimisión de Suárez, cabe imaginar que Armada «intentase convencerse de que, lejos de complicarle las cosas, la dimisión de Suárez se las simplificaba, puesto que le ahorra el trámite incierto de la moción de censura y dejaba su futuro político en manos del Rey, a

quien la Constitución otorgaba la potestad de proponer el nuevo presidente del gobierno previa consulta con los líderes parlamentarios. Fue en ese momento cuando Armada decidió presentar sin subterfugios su candidatura al Rey»⁵⁹.

3.- LOS DOCUMENTALES

Se han elaborado algunos documentales sobre el 23-F, pocos y con predominio de TVE en la producción, por su voluntad y su archivo documental. Desde hace más de dos lustros no hay ningún producto de larga duración, por la imposibilidad de acceder a nuevas fuentes documentales y el agotamiento o banalidad de las fuentes orales ya expuestas.

La dificultad y el coste de acceso a los archivos de RTVE, la escasa tradición del documental histórico en España, la consideración del 23-F como un tema *tabú* y la existencia en España de solo dos canales de televisión y públicos explican que la primera producción digna de mención fuera un reportaje de larga duración, 36.30 minutos, del programa Informe Semanal, de TVE-1, emitido el 28 de febrero de 1986, coordinado por Baltasar Magro y titulado «18 horas de tensión»⁶⁰. En la narración dominan las imágenes, en ocasiones con texto sobrepuesto, la mayoría del Archivo de RTVE, con una parte de lo que grabaron las cámaras de la

televisión en el interior del hemiciclo del Congreso de los Diputados. No contiene entrevistas a políticos, militares, periodistas o historiadores. Las imágenes muestran una parte de lo que ocurrió; su significado es interpretable. Contiene íntegro un documento que sigue sin haber sido esclarecido, las únicas palabras que un oficial golpista dirigió a sus prisioneros y que ponen de manifiesto la supuesta existencia de un plan que no llegó a materializarse. Se trata de las palabras del capitán de la Guardia Civil Jesús Muñecas, del Escuadrón de Caballería de la Primera Comandancia Móvil de Valdemoro (Madrid), pieza clave en el reclutamiento de los asaltantes, pronunciadas con buena dicción desde la tribuna del Congreso:

Buenas tardes, no va a ocurrir nada, pero vamos a esperar un momento a que venga la autoridad militar competente para disponer lo que tenga que ser y lo que él mismo diga a todos nosotros. Estense tranquilos, no sé si esto será cuestión de un cuarto de hora, veinte minutos, media hora, me imagino que no más tiempo, y la autoridad que hay, competente, militar por supuesto, será la que determine qué es lo que va a ocurrir. Por supuesto que no pasará nada, ustedes todos tranquilos.

¿Era un simple engaño, para que los secuestrados no intentaran ningún acto de resistencia? A Muñecas se le escucha, no se le ve en las imágenes que ofrece el programa, y no puede descartarse que existan otras imágenes en el Archivo. Más adelante, se muestra que en determinado momento los asaltantes impidieron la grabación de imágenes, pero queda un micrófono abierto, por el que se oye «¡Se sienten, coño!, ¡Se sienten!». Luego se corta el sonido. Siguen imágenes de la ocupación militar de Valencia, lo que

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 45-46, 77, 160-161, 283 y 288.

⁶⁰ Varios de los reportajes realizados por Informe Semanal sobre el 23-F son accesibles en Internet. En 2009, la edición del DVD con la serie *23-F. El día más difícil del Rey*, se puso a la venta acompañada de otro DVD que contiene cuatro documentales, a los cuales se hace referencia en estas páginas: *18 horas de tensión* (1986), *Quince años después* (1996), *23-F. Radiografía del golpe* (2001) y *23-F. Regreso a los cuarteles* (2006).

significa que alguien las grabó, sin que se indique quién y cómo fue posible hacerlo. A continuación, imágenes de ficción del palacio de La Zarzuela, para decir que el Rey mantuvo conversaciones durante esas horas con distintos jefes militares, e imágenes reales de la plaza de las Cortes. Se reproduce el mensaje del Rey, entero, y se dice que este «tranquiliza a la nación». En Valencia, las tropas se retiran de la ciudad, aunque se mantiene el estado de excepción tres horas más, se dice que el rey sigue recibiendo «la adhesión inquebrantable a su persona de numerosos capitanes generales y altos mandos militares», el director general de la Guardia Civil, general José Luis Aramburu Topete, y el general Armada acuden a negociar con Tejero, los diputados van saliendo del Congreso, y, en este programa de exaltación de la figura real, se dice que «el Rey ha permanecido en vela durante todo ese tiempo, su intervención ha hecho posible el desmantelamiento de la operación sediciosa». Finalmente, se ofrecen imágenes de la reunión del Rey con los líderes políticos, de la entrada en el hemiciclo del Congreso del teniente general Gutiérrez Mellado, aplaudido por todos los diputados, de las palabras del presidente del Congreso a los diputados, exaltando el papel desempeñado por el Rey, de la votación de confianza al candidato a la presidencia del Gobierno, de la manifestación en Madrid, el 27 de febrero «Por la Libertad, la Democracia y la Constitución», en la que apenas aparecen pancartas, solo se permiten dos, una con el lema de la manifestación, otra con un «Viva el Rey», para terminar con las sentencias a los condenados por el golpe, y los gritos de «¡El pueblo, unido, jamás será vencido!».

Este reportaje aporta una mirada muy parcial e insuficiente sobre los hechos, sin plantear ninguna de las preguntas importantes. En 1996, a los quince años del golpe, Informe Semanal le dedica un reportaje más corto, 16.43 minutos, presentado por Georgina Cisquella y guión de María José Gil Arriola y Mercedes Mezquita. Tiene muy poco interés. En esta ocasión recoge las impresiones de algunos testigos, sin entrar en las cuestiones relevantes, ya apuntadas en algunos de los libros publicados. Contiene una entrevista al director de la Policía Nacional durante el golpe, general José Antonio Sáenz de Santamaría, que explica la labor realizada por la Policía, algo de muy poco interés, y no lo que él hizo durante esas horas. Se le concede el papel de *explicar* la coyuntura del 23-F, pero no lo hace, y no cuenta nada de interés, ni siquiera lo ya sabido, que en parte distorsiona: que él pidió que se enviase un equipo de grabación al Palacio de la Zarzuela, que habló con Castedo, que el equipo acudió, grabó el mensaje del Rey y se marchó protegido por los GEOs. También aparece un fragmento de entrevista a Adolfo Suárez (posiblemente forma parte de las entrevistas realizadas por Victoria Prego para una serie documental), en el que dice que existían tensiones con algunos militares; y un fragmento de entrevista a Felipe González en la SER, quien se limita a decir que fue una «situación que puso al país al borde del abismo». Un programa muy pobre, y cuyo mayor interés reside en aportar un muy buen ejemplo de la voluntad del ente público de, en esta ocasión, informar lo menos posible sobre aquellos hechos. Se dice que los militares están ya muy integrados en el concepto de Estado social y democrático de derecho, y que no existe ningún problema

relativo a las Fuerzas Armadas. Como sonido real solo se ofrece un fragmento de un locutor de la cadena SER que estaba en el interior del hemiciclo: «entra un guardia civil, entran más, está apuntando al presidente..., no podemos emitir más, porque nos están apuntando». Termina con las imágenes de una manifestación contra el terrorismo de ETA encabezada por los principales líderes de los partidos nacionales.

Cinco años después, Informe Semanal ofrece un producto mucho más elaborado. Se trata del especial emitido el 24 de febrero de 2001, de 53.49 minutos de duración y titulado “Radiografía del golpe”, con guión de Elena de Román y Alicia G. Montano. Como estímulo a los espectadores, el presentador, el director del programa, Baltasar Magro, anticipa que cuenta con «declaraciones de protagonistas de uno y otro lado, con la ayuda de los que han analizado el 23-F y el extraordinario Archivo de Televisión Española». Participan solo dos dirigentes políticos, Manuel Fraga y Leopoldo Calvo Sotelo, que no dicen nada de interés. Mayor protagonismo tienen los periodistas Fernando Jáuregui, Diego Carcedo y Martín Prieto, los tres con obra sobre el 23-F. Se dice que las tres piezas principales en el golpe fueron Milans del Bosch, quien habría dado las órdenes, Tejero, quien asaltó el Congreso, y Armada, del que se dice que quiso dar un golpe de timón a la joven democracia española, pero la intervención del Rey y la disciplina del resto de las Fuerzas Armadas se lo impidieron. Ni Milans ni Tejero han hecho declaraciones públicas sobre el golpe. Sí lo ha hecho Armada, en varias ocasiones, siempre con su particular sentido de la ironía, jugando a confundir. Aquí dice, y no más: «yo no me veo golpista», «yo

soy más bien de conversaciones», «creo que llegado al extremo puede ser justificado un golpe», «no tengo de qué arrepentirme».

El documental recoge un tema de debate planteado en la bibliografía sobre el 23-F, la posible implicación de dirigentes del CESID en el golpe. Se cita al capitán de la Guardia Civil destinado en el CESID Vicente Gómez Iglesias (procesado y condenado por el 23), y se dice que la implicación de este en el golpe, reclutando guardias para Tejero, y la presencia de su superior, comandante José Luis Cortina (procesado y absuelto por el 23-F), en algunas reuniones previas al golpe, «han levantado dudas hasta hoy sobre la participación del servicio secreto español en la intentona golpista». Por este motivo, se entrevista al coronel Diego Camacho, ex agente del servicio y quien ya había implicado al CESID en declaraciones a otros medios. Camacho afirma que su creencia en la implicación del CESID se fundamenta en «la utilización de vehículos de radiotransmisores con una frecuencia no habitual y de personas conduciendo automóviles del CESID para dirigir las columnas de autobuses y que estas lleguen coordinadamente al palacio del Congreso de Diputados»; también dice, como en otras ocasiones, que entró en el Congreso, con otro agente, que hablaron con capitanes de la Guardia Civil y obtuvieron la información de que el jefe del golpe era Armada, la cual comunicó a la cúpula del servicio de inteligencia y que esta no tomó medida alguna al respecto. El periodista Jáuregui, como en su libro, sostiene que es posible que Cortina estuviera implicado, pero también que ejerciera de espía para desmontar o encauzar el golpe. El documental no ofrece imágenes novedosas y repite, como emblemáticas, la

entrada de guardias civiles armados en el hemicycle del Congreso, con Tejero pistola en mano cuando sube a la tribuna, las palabras del capitán Muñecas a los secuestrados, los carros de combate circulando por las calles de Valencia, los generales Aramburu y Armada dirigiéndose al Congreso para hablar con Tejero y el mensaje del Rey a los españoles.

También intervienen Diego López Garrido, Letrado de las Cortes, el general Sáenz de Santamaría, y Alberto Oliart, ministro de Sanidad cuando el golpe y a continuación de Defensa, quien comenta varias cosas sobre la ultraderecha y el *ruido de sables*. Los papeles estelares en el documental corresponden a Fernández Campo, el secretario general de la Casa del Rey en 1981, y Francisco Laína, director de la Seguridad del Estado, que hasta entonces había sido poco accesible a los investigadores. En el documental, se dice que el Rey ordena a Milans que anule las órdenes que ha dado, ¿para finiquitar el golpe?, ¿el golpe duro?, ¿para favorecer la operación Armada? Asimismo, que los militares intentaron tomar el control de la situación, sin que se diga para qué; de esa afirmación se podría deducir que el general Gabeiras, jefe del Estado Mayor del Ejército, no estaba tan en contra de lo pretendido por su segundo, Armada, como se ha pretendido después. También que el Rey procura evitar tanto el vacío de poder (en realidad, él ha pasado a ejercer una parte del poder, en virtud del golpe) como que lo asuman los militares, a través de la propuesta de la Junta de Jefes de Estado Mayor, mediante la constitución de un gobierno en funciones integrado por secretarios y subsecretarios de los ministerios más relacionados con la Seguridad, encargado de gestionar la crisis, y presidido por Laína. Este aparece en

imágenes que se supone que corresponden al día del golpe, pero que parecen una recreación, dado que los equipos de RTVE estaban bloqueados por la ocupación militar de las instalaciones. Lo que dice a modo de declaración del Gobierno no fue conocido por los españoles mientras tenía lugar el golpe. Es importante: quienes asumen «con plena plenitud el poder civil y militar de manera transitoria y bajo la dirección y autoridad de Su Majestad el Rey pueden garantizar a sus compatriotas que ningún acto de fuerza destruirá la convivencia democrática que el pueblo libremente desea y que se plasma en el texto de la Constitución a la que civiles y militares han jurado proteger». Las decisiones de este gobierno en funciones no han trascendido, en el caso de que tomara alguna relevante. No es creíble que las decisiones militares pasaran por sus manos, parece imposible si, como dice el texto leído por Laína, ese Gobierno estaba sometido a la autoridad del Rey. Entonces, ¿el poder creado para frenar la pretensión de la Junta de Jefes, no significa la creación de un Gobierno con plenos poderes sino la otorgación de poderes inconcretos al Rey? Al menos sabemos que en Zarzuela actúan sin consultar a ese Gobierno, aunque se coordinen para determinadas cuestiones. Se dice que Laína se traslada del Ministerio del Interior al hotel Palace, situado casi enfrente del Congreso, y que durante dieciocho horas ejerce de presidente del Gobierno, con su cuartel general en el citado hotel, donde también se han instalado el gobernador civil de Madrid, Mariano Nicolás, del que no hay testimonios, y los generales Aramburu y Sáenz de Santamaría. En ningún libro o documental se recrea a ese Gobierno trabajando, y, por el contrario, se pone el énfasis en las gestio-

nes desarrolladas por el Rey y el secretario de su Casa.

Una de las piezas más confusas del 23-F es lo sucedido en los cuarteles de la División Acorazada Brunete. Y lo mismo cabe decir respecto a la Brigada Paracaidista, establecida entonces en Alcalá de Henares (Madrid) y que el 23 de febrero celebra el aniversario de su fundación, motivo por el cual los generales Gabeiras y Armada estuvieron por la mañana con los mandos de la unidad. De la BRIPAC nunca se dice nada en los documentales, y en casi ningún libro, y tampoco de lo que ocurre en cada una de las Regiones Militares, con la pretensión de aparentar que los focos golpistas se circunscribían al grupo de Tejero, el Ejército de Tierra en Valencia y algunos jefes y oficiales de la División Acorazada Brunete, la más importante del Ejército de Tierra, de los que solo se citan dos nombres, San Martín y Pardo, además del general de división Torres Rojas, llegado desde La Coruña para arrebatarse el mando a su general en jefe, José Juste. Obviamente, una de las principales preocupaciones entonces era el posicionamiento de la Brunete, su implicación en el golpe o que se sumara a este una vez iniciado por Tejero-Milans. En el documental de Informe Semanal-2001, se dice que varios mandos estaban al tanto y apoyaban el golpe, que el general Juste había partido con destino Zaragoza, para asistir a unas maniobras, que en previsión de este viaje el general Torres Rojas había ocupado su despacho e impartido órdenes, y que Juste dio instrucciones para que unidades de la División tomaran diferentes objetivos, pues alguno de sus subordinados le había dicho que el Rey apoyaba la acción y que el general Armada se encontraba en La Zarzuela para coordinar las operaciones mili-

tares. Pero, por lo que sabemos, y así se deduce del documental, algunos mandos de la Brunete estaban actuando por su propia iniciativa, bajo la coordinación de Torres Rojas, quien, a su vez, seguía un plan diseñado por Milans.

Veinte años después del 23-F, cuando no solamente varios de los procesados por el golpe argumentaron, para defenderse, que el Rey estaba implicado, sino que también varios libros han apuntado en esa dirección, parece conveniente que el entorno de Juan Carlos I se pronuncie al respecto. No lo hace ni el jefe de la Casa de Su Majestad El Rey, Nicolás Cotoner y Cotoner, marqués de Mondéjar, ni el jefe de su Cuarto Militar, sino el secretario general (y sucesor de Alfonso Armada en el cargo), Fernández Campo. Este es entrevistado, y recuerda algunas cosas relativas al trabajo que realizó junto al Rey durante los días 23 y 24 de febrero de 1981. Sabino dice que la Junta de Jefes de Estado Mayor preparó un comunicado «en el que se hacía cargo del poder, por así decirlo, que ante la situación conflictiva en que estaba España con motivo del asalto al Congreso, etc., que tomaba las riendas de toda la Administración y de toda la política, se le dijo que no», que era de agradecer, pero que el control no podía quedar exclusivamente en manos militares y fue cuando «de acuerdo con Laíña se crea aquella especie de ministerio civil con secretarios de Estado y subsecretarios». El secretario de la Casa del Rey dice aquí, y lo repite en otras declaraciones, que dos de las conversaciones telefónicas más importantes de ese día fueron las que mantuvo con Armada y Juste; no ha hecho referencia a otras, aunque debieron ser muchas. Respecto a Armada, Fernández Campo sostiene que llamó al Rey, ofreciéndose a acudir a La Zarzuela,

«subir a explicar las cosas», y que él recomendó que no, que Armada decía que la situación era delicadísima, que se podría producir una división de las Fuerzas Armadas..., y que, además, desechó con más convencimiento la presencia de Armada en Zarzuela cuando el general Juste llamó y le preguntó si Armada estaba allí, y cuando le dio una respuesta negativa, le preguntó, si, entonces, le estaban esperando, y él le respondió que ni lo uno ni lo otro, una de las frases emblemáticas del 23-F, «ni está ni se le espera»-«ni está ni le estamos esperando», y que «eso parece que le indicó algo», que fue precisamente entonces cuando llamó Armada y se puso al teléfono el Rey, que Armada decía que era conveniente su presencia como asesor del Rey... Las palabras de Fernández Campo en este documental son indicativas de la implicación de Armada en un golpe, al menos en el suyo, y de cómo se jugó la partida desde el palacio de La Zarzuela, pendiente entonces de muchas cosas, sobre todo de si la Brunete ocupaba o no Madrid. No está claro si las conversaciones Rey-Armada fueron una o varias, tampoco si Armada habló solo con el Rey o si también lo hizo con quien ejercía labores de su consejero. Fernández Campo dice en el documental que Armada se ofreció-pidió acudir a la Zarzuela, que se le dijo que no, que insistió, y, a continuación, que las personas que se encontraban en el interior del Congreso corrían peligro, «y que él, sacrificándose» se ofrecía a ir, a «ir y en nombre del Rey ofrecerse como presidente de un gobierno de concentración que diera solución a aquella situación tan trágica, que fuera en nombre del Rey no se aceptó de ninguna manera, se dijo que no, luego cuando insistió, y ante la amenaza de que pudiera ocurrir algo grave a los

que estaban en el congreso, se dijo, bueno, si tú crees que lo puedes arreglar, yendo personalmente con autorización de tu jefe militar, pero no con el encargo de ir en nombre del Rey, pues vete a ver si lo puedes arreglar». A la espera de lo que haga la Brunete, y ante la posibilidad de que se imponga un golpe blando, ya no vía constitucional, aprovechando el golpe duro, ¿en Zarzuela se juega con dos barajas?

Varias de las piezas citadas, la supuesta incapacidad de La Zarzuela para comunicar con una parte de las Capitanías Generales, la supuesta no aceptación de las órdenes del Rey por la III Capitanía General, la sublevación de la División Acorazada Brunete sin que llegara a participar plenamente en el golpe, la pretensión de la Junta de Jefes de Estado Mayor de asumir competencias políticas, la creación de un Gobierno en funciones presidido por Laíña y la labor de Fernández Campo frustrando la propuesta del general Armada de acudir a La Zarzuela, pero aceptando que acudiera al Congreso, sin especificar si con autorización o no, de proponer un gobierno de concentración a los líderes de los políticos prisioneros, quedan desde entonces como piezas fundamentales del 23-F, en tanto que se han repetido en programas sucesivos, que han sido vistos por muchas más personas que las que representan los lectores de los libros sobre el tema.

En este documental se procura, por activa y por pasiva, hacer del Rey el salvador de la democracia, por haber trabajado contra el golpe, y se muestra a Armada como jefe del golpe y utilizando la figura real en su propio beneficio, algo sobre lo cual no existen dudas, sí sobre las conversaciones entre ambos. Se dice que Armada deseaba ser el presidente de

un gobierno de salvación nacional, y que sus ambiciones se truncaron cuando, tras la dimisión de Suárez, el Rey propuso la investidura de Calvo Sotelo, y que el plan golpista de Milans y Tejero no coincidía con el suyo «pero la situación anticonstitucional que iban a crear le permitiría ofrecerse como salvador». Se dice que mientras se estaba grabando el mensaje real, Armada entró en el Congreso y habló con Tejero, que este exigió la formación de una junta militar, y que Armada propuso un gobierno presidido por él, que Tejero se negó y le impidió acceder al hemiciclo. Se añade que Armada niega haberse ofrecido como presidente, pero que en el juicio quedó probado. Ahora se retoma la entrevista a Armada, quien, siempre parco en palabras (excepto en las conversaciones con el historiador Cuenca Toribio), dice que habló con Tejero, «bajo mi responsabilidad» y «no le convencí a Tejero», sin especificar la cuestión. En el documental se reconoce que la emisión del mensaje real se retrasó bastante, dado que a las 22 horas las fuerzas ocupantes se retiraron de RTVE. Habrían sido tres horas para enviar un equipo a La Zarzuela, grabar el mensaje, regresar a TVE y emitirlo. Sabino justifica el retraso argumentando que el Rey estaba todavía dando órdenes por teléfono y asegurándose de que se aceptaban, y que, en su mensaje, confirma precisamente que ha cursado determinadas órdenes. Respecto del mensaje, emitido a las 01.14 horas del día 24, se dice que «su mensaje no ofrecía dudas». La parte final del documental insiste en esta cuestión, sin plantear ninguna pregunta sobre la actuación del Rey antes de la dimisión de Suárez, durante el tiempo transcurrido entre esa dimisión y el 23-F y durante el intento de golpe de Estado: atribuyendo a todos los mandos

militares las mismas ideas, el golpe habría fracasado «porque las fuerzas armadas de entonces, pese a su mentalidad pre constitucional, obedecieron al Rey». Opinión respaldada por el periodista Carcedo, quien interpreta que desde el primer momento el Rey trabajó para desautorizar que se utilizara su nombre y que él tuviera algo que ver en el golpe, y el ex ministro Oliart, quien recuerda que el Rey le dijo en una ocasión que nunca se apoyaría en los militares para reinar. Rematado por las palabras de Calvo Sotelo: el Rey se ganó entonces el trono, añadiendo a la legitimidad de origen la de ejercicio. Y por las del propio Rey, pronunciadas con motivo de los veinticinco años de su coronación y recogidas en el documental: «las Fuerzas Armadas obedecieron a su jefe, porque yo les ordené que se mantuvieran tranquilos».

Con motivo de cumplirse veinticinco años de la intentona golpista, se emiten tres documentales de interés pero que no aclaran cuestiones fundamentales, qué ocurrió en el conjunto de capitanías militares y el contenido de las conversaciones mantenidas aquel 23 de febrero entre los principales protagonistas conocidos. Los documentales son: “Regreso a los cuarteles”, realizado por Crónicas TVE, emitido el 17 de febrero de 2006, con guion de Reyes Ramos, de 47.06 minutos de duración; “Aquel 23-F”, de Informe Semanal, emitido el 18 de febrero, y centrado en la labor de la televisión y radio estatal durante esa jornada; y “El 23-F desde dentro”, coproducción de Media 3.14 y Televisió de Catalunya, 2001-2006, con dirección de Joan Ubeda y guion de Andreu Farràs, y 54.37 minutos de duración.

En “Regreso a los cuarteles” sigue faltando lo que supieron y lo que interpretaron respecto al 23-F Adolfo Suárez, Feli-

pe González, Santiago Carrillo y Juan Carlos I, y lo mismo hoy en día. Participan dos ex militares de la UMD, José Fortes y Rafael Tejero, Javier Fernández, autor ya citado, el ex ministro Alberto Oliart, Javier Calderón (secretario general del CESID y jefe en funciones cuando el 23-F), Santiago Carrillo, Calvo Sotelo, Aramburu Topete, Fernández Campo, Ricardo Huelin (capitán de Artillería de la Acorazada Brunete) y un guardia civil que participó en el asalto al Congreso (Manuel Martínez), ninguno de los cuales aporta dato o interpretación relevante. Armada vuelve a aparecer en su pazo de Santa Cruz de Rivadulla, habla de las camelias que cultiva y dice a quien le pregunta que solo hablará de lo que le dé la gana, que resulta ser nada. Los testimonios de mayor interés son los del general José Juste y del general Carlos Alvarado, el segundo jefe del Estado Mayor de la División Acorazada en la época en que ostentaba su mando Milans del Bosch y codefensor del comandante Ricardo Pardo. Alvarado, quien ya se había autoinculpado, a modo de espectáculo televisivo, en su aparición en el programa *30 minutos* de la televisión pública catalana TV-3, reconoce ante la cámara que él fue uno de los asistentes a la reunión celebrada el 18 de enero de 1981 en el número 15 de la madrileña calle General Cabrera, domicilio del teniente coronel Pedro Mas Oliver, preparatoria del golpe, y acepta su implicación, que hace pública una vez que el delito ha prescrito; en esa reunión sitúa a Milans, a uno de los ayudante de campo de este, que es Mas Oliver, al general Torres Rojas, al general Dueñas (ex director general de Seguridad), al teniente general en la reserva Iniesta y a otros mandos de menor graduación. No dice que él era el jefe del Estado Mayor de la Divi-

sión Brunete cuando la mandaba Milans y ni una palabra sobre su actuación durante el 23-F. Su aparición es una búsqueda de protagonismo por quien fue abogado de uno de los golpistas y quien agradece el silencio guardado sobre su papel por otros golpistas; eso dice, en realidad, por su graduación, su implicación en el golpe tuvo que ser sabida por numerosas personas y solo la voluntad de las principales autoridades del Estado de reducir el número de juzgados, para no deteriorar aún más el sistema político, hizo que numerosos altos mandos no fueran procesados. Alvarado, mirando un texto de redacción propia, sostiene que Armada y Milans elaboraron el plan de golpe y que el segundo le contó lo fundamental: tal día y a tal hora, aprovechando un pleno de las Cortes Españolas, el teniente coronel Tejero ocuparía el congreso y retendría al Gobierno y Diputados; simultáneamente, en Valencia, el capitán general dispondría la ocupación de determinados puntos de la ciudad y región militar, y en Madrid la División Acorazada, al mando de Torres Rojas, ocuparía los puntos previstos. A partir de ese momento: «todas las órdenes procederán de La Zarzuela, transmitidas o comunicadas por el general Armada», «yo no sé si el apoyo regio del que había hablado Armada a Milans existía o no existía, si fue un invento fue un invento de Armada»; supuestamente, Armada le había dicho a Milans que el Rey estaba de acuerdo. Respecto al gobierno Armada, Alvarado, que no ha dicho una palabra sobre sí mismo, afirma que, antes de que tuviera lugar el golpe, Milans le informó de que Armada ya tenía su gobierno diseñado, con presencia de todas las fuerzas políticas, incluidos los comunistas, y a él le nombraría jefe de Estado Mayor de la Defensa; pero cuando Tejero vio la lista

del gobierno Armada, no le dejó pasar al hemicycle del Congreso.

Fernández Campo declara que el general Juste, nada menos que el general al mando de la unidad más potente del Ejército de Tierra, «estaba desorientado», «veía que mandaba otra persona» en su División. Que cuando llamó a Zarzuela y preguntó si Armada estaba allí, le dijo la célebre frase, «ni está ni se le espera». En el documental se dice que Juste, de viaje a Zaragoza, fue alertado de que algo grave ocurría en Madrid, y que por eso regresó, al parecer sin haber exigido una aclaración, algo, desde luego, no creíble. Ilustrando las imágenes, se dice que al regresar «se da cuenta de que le han tendido una trampa», que otro general ha llegado dispuesto a sublevar la División. Por su parte Juste, dispuesto, por fin, a decir algo, para justificar su actuación, dice, leyendo unos folios: «nunca perdí el mando, pero he de decir también que en todo momento procuré no dar pie para que se me neutralizara, y ahí creo que estuvo la clave de mi actuación. Yo no tenía la impresión de estar al mando de una división sublevada, pero tampoco podía saber con exactitud cuántos eran los involucrados en el asunto y hasta qué punto lo estaban. Por eso consentí sin oponerme explícitamente que se pusiera en marcha la operación Diana, que, por otro lado, era una medida de seguridad y que, en cualquier caso, requería de un proceso complejo previo a su puesta en marcha». El caso es que no pocos vehículos fueron municionados y repostados, dispuestos para partir en dirección al centro de Madrid desde sus acuartelamientos en El Pardo, El Goloso, Retamares, Vicálvaro y Campamento. En el documental, el capitán de artillería Ricardo Huelin dice que recibió la orden de muni-

cionar y repostar los vehículos de una batería de cañones autopropulsados, con base en Vicálvaro, y establecerse en El Retiro, y que los oficiales contrarios a la orden pensaron en qué hacer para obstaculizarla, «para poner todas las chinias», que preguntaron qué tenían que hacer y por qué, y que solo se les respondió (no dice quiénes dieron esa respuesta) que era por España y por el Rey. Las dudas sobre la actuación de Juste siguen siendo muchas, alimentadas por el documental: el capitán general de Madrid, Quintana Lacaci, llamó a los coroneles de la Brunete, para frenar la salida de vehículos. ¿Por la pasividad de Juste?, ¿fueron estas llamadas las que frenaron a la Brunete, pese a que en La zarzuela le habían dicho a Juste que Armada no estaba allí? Los últimos minutos los ocupan breves intervenciones. De Aramburu: que fue al congreso y le ordenó a Tejero que depusiera su actitud, y este le respondió «primero le mato y luego me pego un tiro». De Fernández Campo: el Rey habló con todos los capitanes generales, y a Milans le envió además un fax, por ser el más resistente a aceptar las órdenes; vía telefónica Milans se habría posicionado a favor de la solución Armada, a favor de un gobierno de concentración. Y de Calderón: Nos falta que Tejero diga por qué lo hizo, con quién y cómo.

En el documental “El 23-F desde dentro”, Juste, Alvarado y Camacho son los protagonistas principales y aportan algunos matices a lo ya dicho. Participan también: Fernández Campo, que en esta ocasión se muestra crítico con los ascensos de militares durante el gobierno de Suárez, «errores militares» los llama, «nombramientos saltándose la antigüedad», «creó un ambiente muy desagradable»; Carlos de Meer, coronel en la reser-

va, abogado del capitán golpista Dusmet; Javier Fernández; general en la reserva Luis Pinilla, director en 1981 de la Academia General Militar; teniente coronel de la Guardia Civil Victoriano Guillén; coronel en la reserva Juan Batista, procesado por el 23-F; fuentes que no aportan nada de interés. Suárez y González siguen sin opinar sobre el por qué y el cómo del 23-F y sobre las actuaciones de Armada y del Rey. Por su parte, Armada recurre una vez más a la ironía, y poco más: «para mí el 23-F es una satisfacción», «porque la monarquía se afianzó», ya dicho a Cuenca Toribio.

Alvarado repite lo ya dicho en “Regreso a los cuarteles”, dejando claro que Milans actuó de acuerdo con Armada, y a sus órdenes, lo que mostraría que no formaban parte de golpes distintos, sino de uno solo, la operación Armada, y, como en la vez anterior, leyendo parcialmente un papel. Repite, pero con algunos matices, pues dice que la Brunete, mandada por Torres Rojas, ocuparía Madrid invocando la operación Diana para casos de emergencia y quedaría a la espera de órdenes de Armada, y, repite, «a partir de ese momento todas las órdenes que se den partirán de La Zarzuela cursadas o transmitidas por el general Armada». Añade que le extraña mucho que Tejero, detenido, procesado y condenado por la Operación Galaxia, no estuviera vigilado y fuera capaz de ocupar el Congreso, que Tejero se mostraba seguro de cumplir ese objetivo, y «casi me dio a entender que estaba de acuerdo con la Policía», «y desde luego con los que estaba de acuerdo era con algunos elementos del CESID». Alvarado imagina algunas cosas respecto a Armada, o se las dijo Milans: Armada había informado al Rey de la posibilidad de que se produjera un golpe militar y el

monarca le habría dicho que, en ese caso, habría que reconducirlo, y eso fue lo que hizo Armada, reconducirlo para ser presidente del Gobierno. Fernández Campo, que interviene mucho menos que en anteriores documentales, vuelve a repetir su conversación con Juste y a declarar que Armada se ofreció a ser presidente del Gobierno, y añade ahora que con un gobierno que contaría con la representación de todos los grupos políticos.

Juste introduce algunos matices respecto a “Regreso a los cuarteles”: que, estando camino a Zaragoza, oficiales implicados en el golpe le pidieron que regresase a su cuartel general, en El Pardo, en las proximidades del palacio de La Zarzuela, pues se iba a producir un hecho muy grave en Madrid; que eso es lo que hizo, que se encontró a los trece coroneles de División (los cuales deberían haber estado en sus distintos acuartelamientos) y al general Torres Rojas en su despacho, que este le dijo que había viajado desde La Coruña por un motivo personal, y no dice que esto le extrañó ni que se enfrentara a Torres Rojas por usurpar el mando; que al enterarse de lo ocurrido en el Congreso pensó que se confirmaba lo que le habían dicho de un hecho grave; que un oficial, que no identifica, le dijo que la operación de la toma del Congreso estaba dirigida desde el palacio de La Zarzuela y que el general Armada se encontraba allí, y, entonces, decidió llamar, sin que diga si antes ha tomado alguna medida para impedir los movimientos de la Brunete ordenados por los golpistas.

En el documental se dice que la implicación de elementos del CESID es uno de los «puntos oscuros del 23-F», sin entrar a valorar la bibliografía existente sobre el tema, que es la norma en los documentales. Camacho dice creer que el

CESID informó al Gobierno de un plan golpista, algo que nadie duda, pero no del golpe que realmente se dio, indudable, pues, como dice el mismo Camacho, en el 23-F el gobierno prisionero no finge. Además, involucra a sus superiores del CESID, comandante Cortina y teniente coronel Calderón, no en el golpe, sino en la protección de Armada: una vez que acudió al Congreso y obtuvo datos suficientes de que Armada era pieza clave del golpe, comunicó esto a sus jefes, los cuales, en lugar de tomar alguna medida contra el general golpista, «lo primero que hacen es tratar de sacar a Armada del golpe».

En la parte final del documental se trata de los papeles desempeñados por Armada y el Rey. Una ex funcionaria del Congreso cuenta algo que ya había dicho, que fue testigo (parece bastante improbable que se permitiera) de la conversación Tejero-Armada y que el segundo, al hablar del gobierno que tenía previsto citó nombres concretos de políticos derechistas e izquierdistas, pero la testigo no da los nombres. Preguntado sobre esta cuestión, Armada (que ya expuso su opinión al respecto en el libro con Cuenca Toribio) responde por primera vez en un documental que «eso es una idiotez», «me da la risa» (y a quien esto escribe le pasa lo mismo), «nunca existió tal gobierno», pues antes de hacer una lista cerrada de ministros hay que ser presidente y consultar a los candidatos y a varios de los que han sonado como integrantes de la famosa lista nunca les había tratado, sin aclarar por qué no convenció a Tejero para que facilitara sus propósitos. En cuanto al Rey, Javier Fernández sostiene que el golpe fracasa porque eran tres en un mismo tiempo, tesis ya manejada en libros anteriores al suyo, y porque el Rey se

posicionó en contra, no se sumaron las capitanías y los golpes acabaron divergiendo y fracasando.

Aunque se nos ha dicho, sin que podamos comprobarlo, que algunos de los principales mandos tardaron varias horas en acatar las órdenes reales, posiblemente porque pensaban que el monarca tenía dudas o que se equivocaba y le podían empujar a rectificar, o, tal vez, se nos ha hecho creer que varios mandos estaban a la expectativa de lo que ocurriera mientras el Rey trataba de frenar el golpe, y la realidad no sea tan sencilla, el documental termina con una reflexión: los mandos militares estaban dispuestos a obedecer al Rey. Al Rey, no al ordenamiento jurídico, momento en que vuelve a la pantalla Juste para decir que «conoce algunas piezas, pero no puedo casarlas todas», «no puedo saber hasta qué punto estaban unos comprometidos» (no creíble, e indicativo de que numerosos jefes y oficiales implicados en el golpe no fueron procesados, vulneración de la ley por los gobernantes peligrosa para la democracia) y, asimismo, que Quintana Lacaci le comentó, después del intento de golpe, que habría hecho lo que le ordenase el Rey, sin plantearse otra cosa. El documental no plantea otras cuestiones de fondo, ni entra en la ocultación de fuentes. Distrae aludiendo a que no sabemos por qué los generales De Santiago y Cabeza Calahorra, representantes de la derecha dura defensora de una rectificación política por vía no parlamentaria, no aparecen en los acontecimientos del 23-F. El final lo aporta otra reflexión: a veces es mejor «no investigar más», a algunos acontecimientos «dejarlos extinguir» y que, así «las heridas queden cicatrizadas». Tomada del artículo de Fernández Campo publicado en *ABC* el 27 de octubre de 2009, con el título de

“El rompecabezas del 23-F”, del que se lee el siguiente párrafo: “El que busca afanosamente la verdad corre el riesgo de encontrarla”. El artículo de Fernández Campo termina así: «No se trata de aducir ahora justificaciones o disculpas sobre hechos ya juzgados. Pero tampoco de continuar indagando para descifrarlos por completo. En ocasiones “el que busca afanosamente la verdad, corre el riesgo de encontrarla”».

Informe Semanal ha elaborado otros programas documentales sobre el 23-F, los cuales no cambian cosas ya dichas. Muy rico en imágenes es *1981. Asalto a la democracia*, el cuarto episodio de la serie documental, en CDs, “El camino de la libertad (1978-2008)”, elaborada por Victoria Prego, dirigida por Elías Andrés y producida por Planeta DeAgostini en 2008. Suárez aparece para no decir nada sobre el Rey ni sobre el 23-F, y para negar que su dimisión tuviera relación con una amenaza de golpe, y justificarla por la crisis de UCD y el cuestionamiento de su mandato en el partido. Mayor genialidad aporta la aparición del Rey para decir, esto y no más, que el retraso en la emisión de su mensaje a los españoles en la madrugada del 24-II-1981 se debió a la siguiente circunstancia:

Yo sé que se me criticó por no, por no salir a tiempo, por no salir una hora antes, o unas horas antes, ante las cámaras, diciendo lo que tenía que decir, lo que quería decir. Pero, la verdad, aunque sea ahora al cabo de los años un poco grotesco decirlo, es que el capitán que había tomado Televisión..., él no se quería ir, y resulta que el capitán era de Caballería y amigo del jefe de la Casa mía, el marqués de Mondéjar. Y entonces el marqués de Mondéjar le llamó y le dijo: *¡oye! haz el favor de dejar que salgan las cámaras y, ¡ah!, sí, mi*

coronel, no se preocupe. No, claro, al final las cámaras llegaron, tarde, pero llegaron.

- Epílogo

Pues si los hechos ya están juzgados y se invita a no indagar sobre el tema.... Lo cierto es que la clase política prefirió que no se investigase más allá de lo escuchado por la radio, lo visto en televisión y lo que el tribunal que juzgó los hechos del 23-F determinó que era materia procesal.

Seguimos sabiendo poco de la planificación del golpe. Al parecer, no hay documentación de las reuniones, pues no se hicieron papeles o no han salido a la luz, como no los hay sobre otros supuestos golpes que estarían en marcha, el llamado de los coroneles, y otros sobre los que se ha especulado. Al parecer, tras varias tomas de contacto, la decisión la tomaron Milans y Armada el 10 de enero de 1981 en Valencia, y el jefe sería el segundo, de menor graduación militar que el primero, por ser más político y más próximo al palacio de La Zarzuela. Y se ratificó en Madrid, el 18 de enero, con presencia, entre otros, de Milans, Torres Rojas, Iñesta y Tejero. ¿Se acordó dar un golpe militar sí o sí, creyendo algunos que el Rey lo apoyaba o lo acabaría apoyando?, o ¿solo se daría si fallaba la *operación Armada* para sustituir a Suárez? De la ejecución del golpe, y de lo que ocurría en las capitánías generales mientras se ejecutaba el golpe, sabemos muy poco. A la ¿confusa? situación en la División Acorazada Brunete y a la pasividad antigolpista del general Juste ya nos hemos referido. Hay otras actuaciones extrañas, entre estas la referida a las *autorizaciones* de Fernández Campo y Gabeiras, el primero representante de la Casa Real y el segundo supe-

rior directo de Armada, para que este acudiera al Congreso de los Diputados. Según la biografía de Fernández Campo realizada por Soriano, y según ha declarado Fernández Campo en varios documentales, Armada le habría dicho que la situación era muy grave y se habría ofrecido a presidir un gobierno de coalición, a lo que se le habría respondido que no, que esa no era una solución democrática, pero se le dio el visto bueno para ir al Congreso y hablar con Tejero y los diputados, no en nombre del Rey, sino a título personal. Y en la sentencia se dice lo siguiente respecto a la autorización de Gabeiras: «obtuvo del teniente general Gabeiras autorización para dirigirse al Congreso a parlamentar con el teniente coronel Tejero, a fin de hacerle desistir de su actitud, a cuyo propósito fue autorizado para ofrecer a los asaltantes un avión en el que pudieran salir de España. El teniente general Gabeiras prohibió al general Armada que formulase propuesta alguna de un gobierno por él presidido, si bien le autorizó a que, si lo estimaba imprescindible, lo hiciese única y exclusivamente a título personal, sin implicar en la misma ningún tipo de autorización de S. M. el Rey». Si Armada fue autorizado, ¿por qué se le condena?, ¿por qué a él y no a otros?

De la actuación del Rey el 23-F se sabe muy poco, básicamente lo que ha contado Fernández Campo, su mano derecha y protector, en obra propia y varios medios de comunicación. De Armada, hombre orgulloso, elitista, con aspiraciones a presidir el Gobierno, sabemos más: lo escrito por él, lo declarado a periodistas, sus conversaciones con un historiador para ser publicadas en formato libro y sus declaraciones durante el juicio; lo principal, claro está, sería conocer el contenido de

sus conversaciones con el Rey durante las semanas previas al golpe, las que tuvo con el Rey y Fernández Campo el 23-F (¿no están grabadas?) y la suya con Tejero en el Congreso en el tránsito del 23 al 24-F. ¿Es verdad que pidió a la Casa Real, dando publicidad al hecho, que se le autorizara a utilizar para su defensa el contenido de sus conversaciones con el Rey previas al 23-F, y que se le dio una respuesta negativa? Otra pregunta: Cuando Suárez dimite, y así desactiva el golpe de timón como proyecto legal, pero aumenta la gravedad de la situación nacional, por el secuestro y asesinato por ETA del ingeniero jefe de la central nuclear de Lemóniz y los incidentes protagonizados por los diputados de HB durante la visita de los reyes a la Casa de Juntas de Guernica, a lo que siguen numerosos incidentes en el País Vasco, con las fuerzas de seguridad desbordadas, ¿por qué tarda tanto el Rey en iniciar la ronda de conversaciones con las fuerzas políticas destinadas a designar sustituto para Suárez? Las realiza los días 9 y 10 de febrero, y hay que esperar diez días a la sesión de investidura de Calvo Sotelo, cuando Armada ya ha recibido destino en Madrid, como segundo jefe del Estado Mayor del Ejército; este nombramiento, que tiene que firmar el ministro de Defensa, Rodríguez Sahagún (afecto a Suárez), el día 4, ¿tiene alguna explicación distinta a la presión ejercida por el monarca, una vez ha dimitido Suárez?

Cuando tanto se insiste en que lo ejecutado tuvo mucho de improvisación, se está invitando a reducir a los golpistas a muy pocos. Los protagonistas principales del 23-F parecen ser Tejero, Milans del Bosch, Torres Rojas, Juste, Armada, Gabeiras, Quintana Lacaci, Fernández Campo y el Rey, todos militares. Una parte del

resto de los capitanes generales estarían dudando, *hablando con este, con el otro*, sin mover unidades (¿sin ni siquiera prepararlas en cuanto a dotación de munición y combustible, mientras esperaban?), tema no investigado, y del que el tribunal por el 23-F no quiso saber nada. Lo de Juste y la Acorazada es para hacer una comedia, con sus inferiores en el mando orientándole y él dispuesto a participar en el golpe si las órdenes venían de Zarzuela, algo que nunca se consideró materia judicial (si las órdenes venían del Rey...). No hay papeles..., se supone. Así pues, ¿sabemos algo de la actuación del general José Gabeiras, jefe del Estado Mayor del Ejército, del general Quintana Lacaci, capitán general de Madrid (¿hizo o planeó algo para

liberar RTVE de su ocupación por los golpistas?), o del teniente general Alfaro Arregui, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor (JUJEM)? ¿Mejor no saber qué ordenes cursó la JUJEM, por escrito, o solo por teléfono?, ¿mejor no saber qué hablaron sus integrantes, dos de los cuales eran hermanos, los tenientes generales Ignacio y Emiliano Alfaro Arregui? No lo sabemos. Tampoco nos queda claro si el mensaje del Rey por TVE se emite antes, durante o después de que Armada salga del congreso de los Diputados tras no haber llegado a un acuerdo con Tejero sobre el desenlace del golpe.

Fernández Campo ha escrito que es mejor no seguir investigando. Tal vez sea mejor así. Pero, ¿sería posible hacerlo?